Viaje Espírita en 1862





Trabajo de digitalización por la Federación Espírita Española
http://www.espiritismo.cc



info@espiritismo.cc

Título del original francés:
VOYAGE SPIRITE EN 1862
Autor: **Allan Kardec**

Primera edición de esta versión digital.
29 Marzo 2005

IMPRESIONES GENERALES

Nuestro primer viaje al servicio del Espiritismo, realizado en 1860, se limitó a visitar Lyón y algunas otras ciudades que se encontraban en nuestro trayecto. Al año siguiente sumamos Bordeaux al itinerario, y finalmente ahora, además de esas ciudades principales, durante el trayecto de una excursión que duró siete semanas y un recorrido de ciento noventa y tres leguas, visitamos una veintena de localidades y asistimos a más de cincuenta reuniones. Nuestro propósito no es el hacer una descripción anecdótica de ese viaje. En el recorrido del mismo hemos recogido, es verdad, toda una serie de episodios que tal vez un día tendrán su interés, dado que pertenecerán a la historia. Hoy, mientras tanto, nos limitamos a resumir las observaciones que hicimos sobre la situación en que se encuentra la Doctrina Espírita y a llevar al conocimiento general las orientaciones que nos fue permitido ofrecer a los organizadores de los diferentes centros. Sabemos que los verdaderos espíritas apreciarán tal iniciativa; en cuanto a nosotros, nuestra intención es, por sobre todo, la de atender a éstos y no a quienes andan a la búsqueda de motivos para diversión. Además, en esta narrativa nuestro amor propio estará muchas veces puesto en juego, y este es un motivo preponderante para un retraimiento de nuestra parte. También es esta la razón que nos impide el publicar los numerosos discursos que nos fueron dedicados y que guardamos con bellos recuerdos. Lo que no podríamos dejar de consignar, sin correr el riesgo de pasar por ingrato, es el acogimiento tan benevolente y simpático que recibimos y que, sólo él, bastaría para recompensarnos por todas las fatigas.

Debemos particular reconocimiento a los espiritas de Provins, Troyes, Sens, Lyón, Aviñón, Montpellier, Séte, Toulouse, Marmande, Albi, Saint Gemme, Bordeaux, Royan, Marcherssur-Garonne, Marennes, St. Pierre d'Oléron, Rochefort, St. Jean d'Angély, Angouléme, Tours y Orleáns, así como a todos cuantos no se detuvieron ante la perspectiva de un viaje de diez y hasta veinte leguas para ir a reunirse con nosotros en las ciudades donde nos habíamos detenido. Esa acogida podría ser, realmente, un gran motivo para considerarnos importantes, si no supiéramos que tales

demostraciones fueron dirigidas, en mucha mayor medida que a nosotros, como persona, a la Doctrina Espírita, como prueba de la simpatía que ella goza, puesto que, de no ser por ella, nada seríamos y nadie se preocuparía de nosotros.

El primer resultado que pudimos comprobar fue el inmenso progreso realizado por la creencia espírita. Un único hecho puede dar de esto una idea. En ocasión de nuestro primer viaje a Lyón, en 1860, existían allí, como mucho, algunas centenas de adeptos. Al año siguiente alcanzaban la suma de cinco a seis mil. Este año el cálculo se hizo imposible. Sin embargo, se puede evaluarlos entre veinticinco y treinta mil. En Bordeaux, el año pasado, no llegaban a mil. En el lapso de un año ese número fue decuplicado. Este es un hecho constante que nadie puede refutar.

Otro hecho que nos fue dado verificar, y que nos parece notable, es que en una innumerable cantidad de localidades donde era desconocido, el Espiritismo penetró gracias a las prédicas contrarias que, haciéndolo notar, inspiraron en las personas el deseo de investigar sobre él. Seguidamente, al comprobarse su carácter racional, naturalmente adquirió partidarios. Podríamos citar, entre otras, una muy pequeña ciudad del departamento de Indre-et-Loire, en la cual hace más o menos seis meses jamás se había oído hablar de Espiritismo. Fue cuando se le ocurrió a un predicador la idea de fulminar, desde el púlpito, lo que él denominaba, falsa e impropiamente, la religión del siglo diecinueve y el culto a Satán. La población, sorprendida, se interesó por saber de qué se trataba. Se solicitaron libros y hoy, allí, un grupo de adeptos ya organizó un centro. Ese hecho es tanto más significativo porque prueba la razón que tenían los Espíritus cuando nos decían, hace algunos años, que nuestros adversarios, sin quererlo, servirían a nuestra causa.

Es una constante el hecho de que, por todas partes, la propagación de las ideas espíritas se realizó en razón de los ataques. Ahora bien, para que una idea se difunda por tal proceso, es preciso que ella satisfaga y que las personas la juzguen más racional que aquella otra que se le opone. Uno de los resultados de nuestro viaje fue, pues, el de constatar con nuestros propios ojos lo que ya sabíamos a través de nuestra correspondencia.

Es preciso confesar, no obstante, que ese progreso ince-

sante está lejos de ser uniforme. Si hay localidades donde la idea espírita parece germinar a medida que la sembramos, existen otras, en contraposición, en las que penetra muy difícilmente por razones de tipo local, tales como el carácter de sus habitantes y, sobre todo, por la naturaleza de sus ocupaciones. En esos lugares los espíritas realizan sus estudios individualmente. Pero en esas como en otras partes, las raíces ya se afirmaron, por lo que, tarde o temprano han de surgir sus retoños, tal como hemos visto en estos días en las ciudades donde los espíritas ya son muy numerosos.

En distintos lugares la idea espírita comienza a ser difundida, partiendo de las clases más esclarecidas o de mediana cultura. En ninguna parte ella toma impulso en las clases-incultas. De la clase media ella se extiende a las más altas y más bajas de la escala social. En muchas ciudades los grupos de estudios están constituidos casi exclusivamente por miembros de los tribunales, de la magistratura y de altos funcionarios. La aristocracia tiene también su contingente de adeptos, pero, hasta el presente ellos se han conformado con ser simpatizantes y, en Francia por lo menos, poco se reúnen. Grupos de este tipo son más comunes en España, Rusia, Austria y Polonia, países en los que el Espiritismo tiene brillantes representantes, aun en las clases sociales más elevadas.

Un hecho tal vez más importante que el de la constatación de la cantidad, y comprobado también en nuestras observaciones, es el de la seriedad con que se encara al Espiritismo. Donde quiera que se investigue -y podemos decirlo: con avidez- se busca el aspecto filosófico, moral e instructivo. En ningún lugar vimos la práctica espírita reducida a un motivo para distracciones ni a las experiencias ser tomadas como diversión. Invariablemente las preguntas fútiles y las simples curiosidades son puestas de lado. En su mayoría los grupos son muy bien dirigidos, algunos incluso de una manera notable, ajustándose plenamente a la utilización de los verdaderos principios de la Ciencia Espírita. Los propósitos son idénticos a los que caracterizan a la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas *y no se tiene otra bandera que la de los principios enseñados por "El Libro de los Espíritus".* En esos grupos reina, de un modo general, un orden y un recogimiento perfectos. Vimos algunos, en Lyón y Bordeaux, que reúnen habitualmente de cien a doscientas personas y en los que la actitud general es tan edificante como lo puede ser dentro de una iglesia. Fue en Lyón que tuvimos

la reunión más importante. Se componía de más de seiscientos delegados de diferentes grupos, y todo transcurrió de una manera admirable.

Debemos agregar que en ninguna de las localidades visitadas las reuniones espíritas sufrieron la más leve restricción, por lo que manifestamos nuestro agradecimiento a las autoridades civiles por la cortesía de que fuimos objeto en más de una ocasión.

Los médiums igualmente se multiplican y son pocos los centros que no cuentan con el concurso de varios de ellos, sin hablar de la cantidad mucho más considerable de aquellos que no pertenecen a ningún núcleo y que sólo emplean sus facultades aisladamente o en pequeños grupos de amigos. En este número predominan los psicógrafos de diferentes géneros, *y entre éstos, en gran mayoría abundan los médiums moralistas,* poco divertidos para los curiosos, que mejor harán yendo a procurar distracciones a otros lugares que a las reuniones espíritas verdaderamente serias. Lyón cuenta con varios médiums pintores notables, uno de los cuales emplea el óleo sin que jamás haya recibido lecciones de diseño o de pintura, como también varios médiums videntes cuyas facultades pudimos constatar. En Marennes hay también una señora, médium dibujante, que es a la vez una excelente médium psicógrafa, tanto para disertaciones espontáneas como para evocación. En St. Jean d'Angély vimos una médium psicógrafa mecánica que podemos considerar excepcional. Se trata de una señora que escribe largas y hermosas comunicaciones mientras lee el periódico o conversa con los presentes, y esto sin mirar para nada su propia mano. Sucede muchas veces que, distraída, no se da cuenta que la comunicación llegó a su fin. Los médiums iletrados son numerosos, y muchos son los que psicografían sin jamás haber aprendido a escribir. Esto no es más sorprendente que el ver a un médium pintar sin haber sido iniciado en ese arte. Pero lo que es significativo, es la evidente disminución de los médiums de efectos físicos en la medida en que se multiplican los de comunicaciones inteligentes. Es que, como los Espíritus lo han afirmado, la fase de la curiosidad pasó y ya vivimos un segundo período, el de la filosofía. El tercero, que comenzará

dentro de poco, será el de su aplicación, o sea el de la reforma de la humanidad.

Los Espíritus, que todo lo conducen con gran sabiduría, lograron despertar, inicialmente, la atención hacia un nuevo orden de fenómenos y demostrar con ellos la posibilidad de la comunicación con los seres del Mundo Invisible. Acicateando la curiosidad lograron interesar a las gentes, al paso que si hubiesen presentado al comienzo una filosofía abstracta no alcanzarían a ser comprendidos sino por un pequeño número, más el agravante de que el origen de esa filosofía habría sido difícilmente admitido. Optando por un proceso gradual, mostraron lo que podían realizar. Con todo, como en definitiva las consecuencias morales constituyen su finalidad esencial, dieron a las manifestaciones su aspecto normal de seriedad cuando juzgaron suficiente el número de personas dispuestas a oírlos, preocupándose poco de los recalcitrantes. Cuando la Ciencia Espírita esté sólidamente constituida y liberada de todas las interpretaciones personales y erróneas que caen día a día ante el examen serio, ellos se ocuparán de establecerla en todos los ámbitos terrenos, para lo cual utilizarán poderosos medios. Mientras esperan, siembran la idea por todo el mundo a fin de que, cuando ese momento haya llegado, ella encuentre en todas partes el terreno preparado. Y sabrán bien la manera de superar todos los obstáculos, pues, ¿que podrán contra ellos y contra la voluntad de Dios las trabas de los humanos?

Esa marcha racional y prudente se manifiesta en todo, aun hasta en las más sutiles enseñanzas que gradualmente proporcionan conforme al transcurrir del tiempo, a los lugares y a los hábitos de los hombres. Una luz intensamente brillante y repentina, no ilumina, encandila. Es por ello que los Espíritus la van brindando en forma paulatina. Quien siga el progreso de la Ciencia Espírita tendrá que reconocer que ella crece en importancia en la medida en que penetra en los más profundos misterios. El Espiritismo discute, hoy en día, ideas sobre las cuales no se tenía duda alguna hace algunos años, y conste que él no ha dicho la última palabra, puesto que reserva otras muchas revelaciones.

Podemos constatar esa *marcha progresiva de la enseñanza* por la naturaleza de las comunicaciones obtenidas en los diferentes grupos que visitamos y que comparamos con otras anteriormente logradas. Ellas no se distinguen sólo por su extensión, su amplitud de miras, la facilidad de obtenerlas y su alta moralidad, sino, sobre

todo, por la naturaleza de las ideas discutidas y, frecuentemente, por su estilo magistral. Eso, sin duda, depende mucho del médium, pero no exclusivamente. No basta tener un buen instrumento, es necesario disponer de un buen músico para de él lograr buenos sonidos, y, además, es preciso que el ejecutante disponga de una audiencia capaz de comprenderlo y de apreciarlo. ¿Quién se brindaría al trabajo de ejecutar delante de sordos?

Ese progreso, convengamos, no es general. Haciendo abstracción de los médiums, nosotros lo hemos verificado en relación al carácter de los grupos. Él logra su más amplio desenvolvimiento en aquellos donde reina, junto a la fe más activa, los sentimientos puros, el *desinterés moral* más intenso. Los Espíritus saben muy bien en quien depositar su confianza al referirse a problemas que no pueden ser comprendidos por todas las personas. En los grupos que se hallan en condiciones menos elevadas, la enseñanza es buena, siempre moral, pero limitada a generalidades sin profundidad.

Por *desinterés moral* entendemos la abnegación, la humildad, la ausencia de toda pretensión orgullosa, de todo pensamiento personalista puesto al servicio del Espiritismo. Sería prejuicios terrestres. No obstante, los motivos de convicción varían conforme a los individuos. Para algunos son necesarias las pruebas materiales; para otros son suficientes las razones morales e intelectuales. También hay individuos que no son convencidos ni por unas ni por otras. Esos matices posibilitan un diagnóstico de su Espíritu. Mas es preciso tener en cuenta que muy poco se puede esperar de aquellos que dicen: "Sólo admitiré si me hicieren presenciar tal o cual cosa", y nada de los que juzgan indigno de ellos estudiar y observar. En cuanto a los que afirman: "Aunque yo vea no lo admitiré, porque sé que es imposible", es del todo inútil mencionarlos y más inútil aún el perder con ellos nuestro tiempo.

Sin ninguna duda, ya es mucho el creer; pero la creencia sola no brinda resultados buenos, y eso, desdichadamente, ha sucedido en muchos casos. Me refiero a aquellos a quienes el Espiritismo no pasa de un simple hecho, de una bella teoría, de una letra muerta que ningún provecho deja en la estructura íntima de las personas, ninguna transformación en su carácter ni en sus hábitos. Pero, junto a los espíritas simplemente creyentes o simpáticos a la idea, están

los espiritas de corazón, por quienes nos confesamos felices de haberlos encontrado en gran número. Vimos transformaciones que podrían ser consideradas milagrosas, recogimos admirables ejemplos de celo, de abnegación y devoción, innumerables casos de caridad verdaderamente evangélica que podríamos denominar, con toda justicia: *Los bellos indicios del Espiritismo.* Conviene recordar aquí que las reuniones integradas exclusivamente por verdaderos y sinceros espiritas, aquellos en quienes habla el corazón, ofrecen un aspecto muy especial: Todas las fisonomías reflejan franqueza y cordialidad. Nosotros nos hallamos a voluntad en esos ambientes simpáticos, verdaderos templos donde reina la fraternidad. Tanto como los hombres, los Espíritus allí se complacen, y es entonces que se revelan más expansivos y ofrecen orientaciones de carácter más íntimo. Por el contrario, en los ambientes donde existen divergencias de sentimientos, donde las intenciones no son puras o se observa una sonrisa irónica o desdeñosa en ciertos rostros, donde se percibe el orgullo y la malquerencia y se teme a cada instante herir la susceptibilidad de la vanidad, hay siempre desconfianza, embarazo y reserva. En tales medios los mismos Espíritus son más reservados y los médiums muchas veces se ven paralizados por la influencia de los malos fluidos que sobre ellos actúan como un manto de hielo. Tuvimos la dicha de asistir a numerosas reuniones que se encuadran en la primera categoría, y las registramos con gran alegría en nuestras anotaciones y como los más agradables recuerdos que conservamos de nuestro viaje. Reuniones de esta naturaleza se multiplicarán, sin ninguna duda, a medida que la verdadera finalidad del Espiritismo sea mejor comprendida. Ellas son, igualmente, las que hacen la más fructífera y sólida propaganda, puesto que reúnen a personas bien intencionadas *y* preparan *la reforma moral de la humanidad mediante la prédica del ejemplo.*

Es notable verificar que las criaturas educadas en los principios espíritas adquieren una capacidad de raciocinio precoz, lo que las convierte infinitamente más fáciles de conducir. Nosotros las hemos visto en gran número, de todas las edades y de ambos sexos en las diversas familias donde fuimos recibidos, y pudimos hacer esa observación personalmente. Eso no las priva de la natural alegría ni de la jovialidad. Sin embargo, no existe en ellas esa turbulencia, esa mala intención, esos caprichos que las hacen tantas veces insoportables. Por el contrario, revelan un fondo de

docilidad, de ternura y respeto filiales que las lleva a obedecer sin esfuerzo y las convierte responsables en los estudios. Esto es lo que pudimos notar, y esa observación es generalmente confirmada.

Si podemos analizar aquí los sentimientos que la creencia espírita tiende a desarrollar en las criaturas, es fácil concebir los resultados que ella puede lograr. Diremos apenas que la convicción que tienen de la presencia de sus abuelos, que están allí, a su lado, y pueden verlos permanentemente, los impresiona más vivamente que la presencia del diablo, al cual terminan negándolo, mientras que no pueden dudar de lo que tienen el testimonio todos los días en el seno de la propia familia. Hay, pues, una generación espírita que crece y que va constantemente aumentando. Esos niños, a su vez, educarán a sus hijos en los mismos principios y, cuando esto suceda, los viejos preconceptos irán desapareciendo paulatinamente con las viejas generaciones. Es evidente, por tanto, que la idea espírita ha de ser un día la creencia universal.

Un hecho no menos característico del estado actual del Espiritismo es el desarrollo de una opinión valiente. Si existen aún adeptos reprimidos por el miedo, el número de éstos es poco considerable hoy en día comparado con el de aquellos que confiesan con voz firme sus convicciones y no se sustraen a manifestarse espíritas, como no se callarían de decirse católicos, judíos o protestantes. El arma del ridículo, a fuerza de ser esgrimida sin abrir brechas y ante la existencia de tantas personalidades notables que proclaman abiertamente la nueva filosofía, terminó por convertirse inútil, haciéndosela de lado. Una sola arma permanece en ristre: la idea del diablo. Pero, en este caso, es al propio ridículo que se hace justicia. Con todo, no fue sólo este género de coraje que verificamos, sino también aquel de la acción, de la dedicación, del sacrificio, esto es, el coraje de aquellos que resueltamente se ponen al frente en la promoción de las ideas nuevas en ciertas localidades, poniendo en riesgo sus personas y enfrentando amenazas y persecuciones. Ellos saben que, si los hombres les hicieren mal en esta corta vida, Dios no los dejaría abandonados.

La obsesión es, como se sabe, uno de los grandes escollos del Espiritismo. No podríamos dejar de lado, pues, una cuestión de importancia tan capital. Recogimos a este respecto

importantes observaciones que constituirán el tema principal de un artículo especial en la *Revista Espírita.* En él trataremos de los poseídos de Morzine, que visitamos en la Alta Saboya. Aquí, simplemente diremos que los casos de obsesión son muy raros entre aquellos que hicieron un estudio previo y atento de *El Libro de los Médiums y* se identificaron con los principios que él contiene, manteniéndose vigilantes y dispuestos a descubrir la menor señal que indique la presencia de un Espíritu sospechoso. Vimos algunos grupos que, sin ninguna duda, se hallaban bajo una influencia obsesiva. Mas es evidente que se complacen con ella, convirtiéndose en fácil presa por una confianza ciega y excesiva, y, además, por ciertas predisposiciones morales. Otros, por el contrario, tienen tal temor de ser engañados, que llevan la desconfianza a límites excesivos, por así decirlo, analizando con cuidado escrupuloso todas las palabras y todos los pensamientos, prefiriendo rechazar lo dudoso a correr el riesgo de admitir lo que pudiera ser malo. De tal manera, los Espíritus mentirosos, viéndose combatidos de esa forma, terminan por retirarse, yendo junto a aquellos a quienes los saben menos vigilantes y en quienes encuentran flaquezas y grandes motivos para explotar.

El exceso en todo es perjudicial, pero, ante tales casos *vale más pecar por exceso de prudencia que por demasiada confianza.*

Otro resultado de nuestro viaje fue el de permitirnos sopesar la opinión que hay formada respecto a ciertas publicaciones que, no compartiendo nuestros principios, en mayor o menor grado, manifiestan hacia ellos una franca hostilidad.

Diremos, también, que encontramos unánime aprobación relacionada con nuestro silencio frente a los ataques personales que se nos han dirigido. Es relevante que todos los días recibamos cartas de felicitaciones relacionadas con esta actitud. En los numerosos discursos que escuché se aplaudía de un modo general muy significativo nuestra moderación. Uno de ellos, entre otros, contiene el siguiente pasaje: "La maledicencia de vuestros enemigos produce un resultado enteramente contrario al que persiguen, y es el de engrandeceros ante los ojos de vuestros numerosos discípulos y estrechar los lazos que os unen a vos. Por vuestra indiferencia mostráis que tenéis conciencia de vuestra fuerza. Oponiendo la mansedumbre a las injurias ofrecéis un ejemplo que sabremos aprovechar. La historia, querido maestro, de

igual manera que vuestros contemporáneos, y mejor aun que éstos, contabilizará en vuestro crédito esa moderación cuando constate, por vuestras obras, que a las provocaciones de la envidia y la mala fe opusiste solamente la dignidad del silencio. Entre ellas y vos, la posteridad ha de juzgar".

Los ataques personales jamás nos conmovieron. Muy distinto fue, sin embargo, con aquellos que eran dirigidos a la Doctrina. Algunas veces respondimos directamente a ciertas críticas, cuando eso nos pareció necesario y con el fin de probar que, si es preciso, también sabemos luchar. Y eso habríamos hecho muchas veces, sin duda, si nos cercioráramos que esos ataques llevaban un perjuicio verdadero al Espiritismo. Pero, cuando quedó demostrado por los hechos que lejos de desprestigiarlo beneficiaban y defendían su causa, loamos la sabiduría de los Espíritus que utilizaban a los propios enemigos para propagar el Espiritismo y transformar a la infamia en resultados provechosos, haciendo penetrar a la idea combatida en lugares donde jamás hubiera penetrado por medio del elogio. Este es un hecho que nuestro viaje nos demostró de una manera concluyente, dado que, en esos mismos círculos el Espiritismo logró reunir numerosos partidarios.

Cuando las cosas marchan por sí solas, ¿por qué, entonces, entablar luchas y disputas infructuosas? Cuando un ejército verifica que las balas del enemigo no le alcanzan lo deja tirar a voluntad y desperdiciar sus municiones, seguro de obtener de ello una ventaja después. En semejantes circunstancias el silencio es, muchas veces, un recurso inteligente. El adversario al cual no se responde, considera no haber herido suficientemente o no logrado el punto vulnerable. Entonces, confiando en el éxito, al que supone fácil, él se descubre y cae por sí mismo. Una respuesta inmediata lo habría puesto en guardia. El mejor general no es aquel que se lanza con el pecho descubierto en medio del fragor de la batalla, sino el que sabe estudiar y esperar la forma y el momento de actuar. Y esto fue lo que sucedió con algunos de nuestros antagonistas: Observando el camino que tomaban, era fácil notar que se comprometían cada vez más. Los dejamos actuar a voluntad. Y ellos, más temprano de lo esperado, desacreditaron lo que defendían en razón de sus propias exageraciones, resultado éste que no habríamos alcanzado por medio de nuestra argumentación.

"Entretanto -dicen los que se presentan como críticos de buena fe- nuestra única preocupación es la de esclarecer, y si atacamos, no es absolutamente por hostilidad, partidismo o maledicencia, sino para que de la discusión pueda nacer la luz".

Entre esos críticos existen, verdaderamente, los que son sinceros. Pero es preciso notar que los que tienen sólo en miras cuestiones de principios discuten con calma y guardan siempre el decoro. Pues bien, ¿cuántos de esta clase hemos podido encontrar? ¿Qué contiene la mayor parte de los artículos que la grande o la pequeña prensa ha dirigido contra el Espiritismo? Diatribas, libelos, mentiras e ironías y muchas veces injurias que se caracterizan por la grosería y la trivialidad. ¿Serán esos *críticos serios* dignos de una respuesta? Existen los que se ponen al descubierto con tanta inhabilidad que se hace inútil desenmascararlos, puesto que cualquier persona percibe sus intenciones. En realidad, sería darles demasiada importancia, valiendo más, pues, dejar que se den las manos en sus pequeños círculos que ponerlos en evidencia a través de polémicas sin objetivo, ya que no los convencerían. Si la moderación no estuviese en nuestros principios -puesto que constituye una consecuencia de la Doctrina Espírita, que prescribe el olvido y el perdón de las ofensas- seríamos inducidos a emplearla por la simple verificación del efecto producido por esos ataques y reconociendo que la opinión pública ha de reparar esas injusticias en mejor forma que lo podrían hacer nuestras palabras.

En cuanto a los críticos honestos, de buena fe, que demuestran su arte de vivir con la urbanidad de sus expresiones, éstos colocan a la ciencia por encima de las cuestiones personales. A ellos muchas veces respondimos, cuando no directamente, por lo menos a través de nuestros artículos, en los que fueron abordadas cuestiones puestas en controversia. Y eso de tal forma que -consideramos- para quien quiera que se dé al trabajo de leer esos artículos, no hay una única objeción que no haya sido refutada. Para responder a cada una, individualmente, sería preciso repetir incesantemente la misma cosa, y, en cada oportunidad, dirigirla a una única persona. El tiempo, además, no nos habría permitido tal tarea, en tanto que, mientras aprovechamos una cuestión que se nos presenta para refu-

tarla o dar a su respecto una explicación, logramos, las más de las veces, colocar el ejemplo al lado de la teoría, lo cual es de provecho general.

Anunciamos la edición de un pequeño volumen intitulado *Refutaciones.* Éste no fue publicado hasta hoy porque nos pareció que nadie se mostraba interesado en él. Y esa impresión se justificó. Antes de responder a ciertos opúsculos que deberían -conforme a las afirmaciones de sus autores- provocar el desmoronamiento de los fundamentos del Espiritismo, preferimos esperar y verificar el efecto que tendrían. ¡Pues bienl Nuestro viaje nos convenció de una cosa: ¡Ellos nada lograron destruir! El Espiritismo está más vivo que nunca y, en contraposición, en la actualidad apenas si se mencionan esas publicaciones. Es fácil suponer que en los círculos donde tuvieron origen y a los que eran dirigidas, ellas son tenidas de irrefutables. Seguros, afirman que nuestro silencio es la prueba de nuestra imposibilidad de responderlas. Por tal motivo, concluyen en que fuimos duramente derrotados, fulminados y abatidos. Pero, ¿qué nos puede importar eso si no fuimos alcanzados? ¿Esos escritos hicieron disminuir el número de espíritas? ¡No! ¿En qué radica, pues, la utilidad de refutarlas? Por el contrario, había una ventaja en dejar que nuestros adversarios disparasen el primer tiro.

Cuando Sófocles fue acusado por sus hijos, que exigían su encarcelamiento, él escribió su *Edipo Rey y* ganó la causa. No somos capaces de escribir un *Edipo,* pero otros se encargarán de responder por nosotros: ¡Nuestro editor, en primer lugar, lanzando en el mercado libre la novena edición de *El Libro de los Espíritus* (la primera data de 1857) * y la cuarta de *El Libro de los Médiums,* en menos de dos años; duplicado el número de los suscriptores de la *Revista Espírita, lo* cual nos puso en la obligación de hacer una nueva publicación de los años anteriores, dos veces agotados; la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, que ve crecer su reputación; los espíritas que se multiplican año a año, fundando por todas partes, en Francia y en el extranjero, grupos de adherentes bajo la orientación de la Sociedad de París; el Espiritismo, finalmente, que avanza por el mundo con paso decidido consolando a los afligidos, brindando energías a los abatidos, sembrando la esperanza en los

desanimados y la confianza en el futuro en lugar del miedo! Estas respuestas, creemos, valen mucho más que las otras, puesto que son los hechos que por sí hablan. Así como un rápido corcel, el Espiritismo levanta a su paso el polvo del orgullo, del egoísmo, de la envidia y de la maledicencia, cayendo ante su marcha la incredulidad, el fanatismo y los preconceptos y convoca a todos los hombres, además, a vivir la ley de Cristo, esto es, la caridad y la fraternidad. Vosotros, quienes juzgáis que él avanza con excesiva rapidez y que no podéis detenerlo, ¿por qué no adelantáis más que él? ¡El medio de lograrlo es tan sencillo! Consiste solamente en hacer mejor todo lo que él hace. Dad más de lo que él da, haced a los hombres mejores, más felices, más fuertes y seguros en la creencia de lo que él logra y el mundo lo abandonará para seguiros. Pero, mientras lo ataquéis sólo con palabras y no con mejores resultados morales; mientras no sustituyáis la caridad que él enseña por una caridad mayor, tendréis que resignaros a dejarlo pasar. Es que el Espiritismo no es apenas una cuestión de hechos más o menos interesantes o auténticos destinados a divertir a los curiosos. Todo él es, fundamentalmente, una cuestión de principios. Su fuerza, principalmente, reside en sus consecuencias morales; se lo acepta, no porque cierre los ojos, sino porque toca los corazones. Llegad vosotros a los corazones más profundamente de lo que él lo hace, y seréis aceptados. Mas tened en cuenta que nada sensibiliza menos al corazón que la aspereza y las injurias.

Si todos nuestros partidarios se agrupasen alrededor de nuestra persona tendríamos bajo la mirada a una multitud, y en ella no sería posible contar a los millares de adhesiones que nos llegan de todas partes del globo, de personas que nunca vimos y que apenas nos conocen por nuestros escritos. Estos son hechos positivos que se expresan por la voluminosidad de las cifras, las que no pueden ser atribuidas ni a los efectos de la propaganda ni a la protección del periodismo, razón por la cual es preciso deducir que, si las ideas que profesamos, de las que no somos sino el humildísimo editor-responsable, encuentran tan grandes simpatías, es que, al ser examinadas, no se las encuentra desprovistas de sentido común.

Si bien la utilidad de la refutación, a la que nos referimos en líneas precedentes, no nos ha sido hasta hoy demostrada claramente, ya que los ataques se refutan por sí mismos y por la

insignificancia de sus resultados, mientras que los adeptos del Espiritismo crecen en número, incluso así estábamos dispuestos a llevarla a efecto. Con todo, las observaciones que hicimos en nuestro viaje modificaron nuestros planes, puesto que muchas cosas se nos mostraron inútiles, al tiempo que nuevas ideas nos han sido sugeridas. Por tanto, dispondremos todo para que esa tarea retarde lo menos posible los trabajos mucho más importantes que nos resta cumplir para completar la obra por la cual nos hemos responsabilizado.

En resumen: Nuestro viaje tenía una doble finalidad: Ofrecer orientaciones donde hubiese necesidad de ellas y, al mismo tiempo, instruirnos nosotros mismos. Deseábamos ver las cosas con nuestros propios ojos, para conocer el estado verdadero de la Doctrina *y el grado en que ella es comprendida;* estudiarlas causas locales, favorables o desfavorables, para su progreso; sondar las opiniones; apreciar los efectos de la oposición y de la crítica e informarnos del concepto que hay formado de ciertas obras. Estábamos deseosos, muy especialmente, de estrechar la mano de nuestros hermanos espiritas y expresarles personalmente nuestra sincera y viva simpatía, retribuyendo sentidas demostraciones de afecto que nos llegan permanentemente a través de sus cartas; brindar, en nombre de la Sociedad de París y en el nuestro propio, en particular, un testimonio especial de gratitud y admiración a esos divulgadores de la obra espírita que, por su iniciativa, su celo desinteresado y su devoción constituyen para ella los primeros y más firmes sustentáculos; a esos que caminan siempre al frente sin inquietarse por las piedras que les arrojan y colocan el interés de la causa espírita por encima de sus intereses personales. Su mérito es tanto mayor puesto que trabajan en un suelo ingrato, viven en un medio refractario y no esperan de este mundo ni fortuna, ni gloria, ni honores. Su júbilo, no obstante, es inmenso cuando en medio de los abrojos ven abrirse algunas flores. Llegará el día en que tendremos la felicidad de ver erigido un panteón a la devoción de los espíritas. Aguardando que esta oportunidad se presente, no queremos silenciar el mérito de su modestia: Ellos se hacen conocer y apreciar por sus propias obras.

Desde todos esos diversos ángulos nuestro viaje fue muy satisfactorio y, sobre todo, muy instructivo, en razón de las observaciones que nos fue permitido recoger. Si nos quedase cualquier duda relativa al grado de progreso de la Doctrina Espírita, en cuanto a la impotencia de los ataques, a la influencia moralizadora que ella tiene y a su futuro, lo que vimos nos bastaría para disiparla. Hay, ciertamente, mucho por realizar aún, y en gran cantidad de localidades ella recién esparce los primeros pimpollos, pero esos pimpollos son vigorosos y preanuncian frutos. Sin duda alguna, la rapidez con que se propagan las ideas espiritas es prodigiosa y sin precedentes en los anales de las filosofías, pero aún nos encontramos en el comienzo de la marcha y falta andar la mayor parte del recorrido. Que la certeza de lograr el objetivo sea, pues, para todos los espiritas, un motivo de fortalecimiento para perseverar en el rumbo que les fue trazado.

Publicamos, seguidamente, el discurso principal que pronunciamos en las grandes reuniones de Lyón, Bordeaux y algunas otras ciudades, y a continuación de él insertamos las instrucciones especialmente ofrecidas, conforme a las circunstancias, a los grupos particulares, respondiendo a algunas de las preguntas que nos fueran dirigidas.

1. **DISCURSO**

Señores y apreciados hermanos espíritas:

No sois escolares en Espiritismo. Hoy colocaré de lado, pues, las cuestiones prácticas sobre las cuales, debo reconocer, estáis suficientemente esclarecidos, para enfocar el problema con una perspectiva más amplia, pero, por encima de todo, en sus consecuencias. Este aspecto del asunto es grave, el más grave, indudablemente, puesto que revela *el objetivo* hacia el cual se orienta la Doctrina Espírita y los medios para alcanzarlo. Tal vez seré un poco extenso, pues el tema es vasto, aunque restaría todavía mucho por decir para completarlo. Es por esa razón que solicitaré vuestra indulgencia, considerando que, pudiendo permanecer un tiempo muy limitado entre vosotros, me veo obligado a expresar de una sola vez lo que en otras circunstancias podría haber dividido en varias partes.

Antes de abordar el punto principal del asunto, creo un deber examinarlo desde un ángulo que es, en cierta manera, personal. Si se tratase solamente de una cuestión individual, seguramente otra sería mi actitud. Entretanto, ella está ligada a varios aspectos de carácter general y de ello puede resultar un esclarecimiento provechoso para todos. Ese fue el motivo que me llevó a optar por tal iniciativa, aprovechando así la ocasión para explicar la causa de ciertos antagonismos con que nos encontramos, no sin cierto espanto, en nuestro camino.

En el estado actual de las cosas aquí en la Tierra, ¿cuál es el hombre que no tiene enemigos? Para no tenerlos sería preciso no habitar aquí, pues ello es una consecuencia de la inferioridad de nuestro planeta y de su condición de mundo de expiación. ¿Bastaría, para no encuadrarnos en esa situación, practicar el bien? ¡No! Ahí está Cristo para probarlo. Si el mismo Cristo, pues, la bondad por excelencia, sirvió de blanco a todo cuanto la maldad puede imaginar, ¿cómo habremos de extrañarnos por el hecho de que lo mismo suceda a quienes valen ciento de veces menos?

El hombre que practica el bien -esto dicho como hipótesis general- debe, pues, prepararse para ser herido por la ingratitud y tener contra él a aquellos que, no practicándolo, son envidiosos de la estima concedida a los que lo practican. Aquéllos, no sintiéndose dotados de fuerza para elevarse, procuran rebajar a los demás hasta su nivel, se obstinan en anularlos con la maledicencia y la

calumnia y se ofuscan con sus actitudes.

Se oye decir constantemente que la ingratitud con que somos pagos endurece nuestro corazón y nos torna egoístas. Hablar así es probar que se tiene el corazón con predisposición para ser endurecido, dado que ese temor no podría detener al hombre verdaderamente bueno. El reconocimiento es ya una remuneración por el bien que se hizo; practicarlo teniendo en miras esa remuneración, es hacerlo por interés. Por otro lado, ¿qué sabemos si aquel que beneficiamos, y del cual nada esperamos, no será estimulado por más elevados sentimientos a un recto proceder? ¡Éste puede ser, tal vez, un medio de llevarlo a reflexionar, de enternecer su alma, de salvarlo! Esta esperanza constituye una noble ambición. Si nos menoscabamos, no realizaremos lo que nos compete hacer.

No podemos, por tanto, suponer que un beneficio, aparentemente estéril en la Tierra, sea para siempre improductivo. Es, muchas veces, una semilla sembrada que no germinará sino en una vida futura de aquel que la recibió. Muchas veces hemos observado a ciertos Espíritus ingratos, como los hay entre los hombres, embargados de emoción en el Espacio por el bien que se les hizo. Y ese recuerdo, despertando en ellos pensamientos benéficos les facilitó el tomar el camino del bien y del arrepentimiento, contribuyendo a abreviarles los sufrimientos. Sólo el Espiritismo podía revelar esta consecuencia de la benevolencia; sólo él está en condiciones de hacer conocer, por las comunicaciones recibidas del Mundo Espiritual, el aspecto caritativo de esta máxima: *Un beneficio nunca está perdido,* sustituyendo al sentido *egoísta* que se le atribuye. Mas, volvamos a lo que nos concierne.

Poniendo toda cuestión personal de lado, los enemigos del Espiritismo se sienten mis adversarios naturales. ¡No creáis que me lamento! ¡Lejos de eso! Cuanto mayor es la animosidad de ellos, mejor compruebo la importancia que la Doctrina Espírita asume ante sus ojos. Si se tratase de algo sin consecuencias, una de esas utopías que nacen estériles, no le prestarían atención. ¿No habéis visto escritos -relacionados a la ideología- afectados de un tono de hostilidad que no se encuentra en los míos y cuyas expresiones no son más moderadas que lo atrevido de los pensamientos? ¡Contra ellos, no obstante, no se manifiesta una sola palabra! Igual cosa

podría darse si las doctrinas por las que lucho difundiéndolas permaneciesen circunscriptas en las páginas de un libro. Del mismo modo -y que puede parecer más asombroso- tengo adversarios entre los mismos adeptos del Espiritismo. Pues bien, en esta área se hace necesaria una explicación.

Entre quienes adoptan las ideas espíritas existen, como bien sabéis, tres categorías bien distintas:

1ª Los que creen pura y simplemente en los fenómenos, pero que de ellos no deducen ninguna consecuencia moral;

2ª Los que perciben el alcance moral de los mismos, mas no lo aplican con los demás ni con ellos mismos; y

3ª Los que aceptan personalmente todas las consecuencias de la Doctrina y la ponen en práctica, es decir, se esfuerzan por vivir su moral.

Éstos, como bien lo comprendéis, son los *espíritas practicantes o verdaderos espiritas.* Esta distinción es importante, puesto que bien explica las anomalías aparentes. Sin ella sería difícil comprender las actitudes de determinadas personas. Pero bueno, ¿qué preceptúa esa moral? Amaos los unos a los otros; perdonad a vuestros enemigos; no tengáis ira, ni rencor, ni animosidad, ni envidia, ni orgullo, ni egoísmo; sed severos con vosotros mismos e indulgentes para con los demás. Tales deben ser los sentimientos del verdadero espírita, de aquel que se atiene al fondo y no a la forma, del que coloca al espíritu por encima de la materia. Éste puede tener enemigos, mas no es enemigo *de* nadie, *puesto* que no desea *el* mal *de* persona alguna, sea quien fuere, y con mayor razón, tampoco procura hacer mal a ninguno.

Éste, señores, como veis, es un principio general del cual toda persona puede extraer un beneficio. Si tengo enemigos, pues, ellos no pueden ser tenidos en la categoría de espíritas, puesto que, admitiendo que tuviesen motivos legítimos de queja contra mí, cosa que me esfuerzo por evitar, esa no sería una razón para odiarme, más cuando nunca les he hecho ningún mal. El Espiritismo tiene por divisa: *Fuera de la caridad no hay salvación,* lo que equivale a decir: *Fuera de la caridad no puede haber verdadero espírita. Os* solicito inscribir, de aquí en adelante, esta divisa en vuestras banderas, *dado que ella resume al mismo tiempo la finalidad del Espiritismo y el deber que él impone.*

Estando reconocido que no se puede ser un buen espírita con sentimientos de rencor en el corazón, yo me alegro de contar sólo como amigos a los auténticos espíritas, puesto que si yo tengo defectos ellos sabrán disculpármelos. Seguidamente veremos a qué vastas y fructíferas consecuencias conduce este principio.

En primer lugar, examinaremos las causas que pueden excitar ciertas animosidades.

Desde que comenzaron las primeras manifestaciones de los Espíritus, algunas personas vieron en ellas un medio de especulación, una nueva mina para ser explotada. Si esta idea hubiese seguido su curso, habríamos visto pulular por todas partes a médiums y seudo médiums, ofreciendo consultas a un determinado precio por sesión. Los periódicos contarían con gran cantidad de esos anuncios. Los médiums se habrían convertido en decidores de la suerte y el Espiritismo se habría ubicado en la misma línea de la adivinación, de la cartomancia, de la necromancia, etcétera. Ante tal desconcierto, ¿cómo podría el público diferenciar la verdad de la mentira? Poner al Espiritismo a salvo en medio de tal confusión, no sería cosa fácil. Fue imperioso impedir que él se encaminara por esa vía funesta. Era preciso cortar por la raíz un mal que lo habría atrasado por más de un siglo. Fue lo que me esforcé en hacer, demostrando desde el principio el carácter grave *y* sublime de esta nueva ciencia, *haciéndola salir del camino exclusivamente experimental para hacerla penetrar en el de la filosofía y la moral,* revelando, finalmente, la profanación que sería explotar el alma de los muertos, al tiempo que cubrimos sus despojos con el mayor respeto. De ese modo, señalando los inevitables abusos que resultarían de semejante estado de cosas, contribuí -y de eso me congratulo- para que no se llegara al descrédito y la explotación pública del Espiritismo, poniéndolo a la consideración, en cambio, como algo venerable y digno de respeto.

Creo haber prestado con ello algún servicio a la causa, y si no hubiese actuado de tal forma, ¿de qué me podría alegrar? Gracias a Dios mis esfuerzos fueron coronados por el éxito, no solamente en Francia, sino también en el extranjero, y puedo decir que los médiums profesionales son hoy raras excepciones en Europa. *Donde sea que mis obras penetraron y sirven de guía, el*

Espiritismo es visto en su genuino aspecto, esto es, en su carácter esencialmente moral. Por todas partes los médiums sinceros y desinteresados que comprenden la responsabilidad de su misión, se ven rodeados de la consideración que les es debida, cualquiera sea su posición social. Y esa consideración crece en sentido paralelo con el mayor desinterés.

No pretendo decir que entre los médiums profesionales no existan muchos que sean honestos y dignos de consideración. Pero la experiencia ha demostrado a mí y a muchos otros, que el interés es un poderoso estimulante del fraude, puesto que tiene por miras el lucro; y si los Espíritus no colaboran -lo que frecuentemente ocurre, puesto que no están para satisfacer nuestros caprichos- la astucia, fecunda en estos trances, encuentra con facilidad un medio de suplirlos. Para uno que actúe con lealtad, habrá cientos dispuestos al abuso, lo que afectará la reputación del Espiritismo. Por otro lado, nuestros adversarios no descuidarán el explotar en provecho de sus críticas los fraudes que pudieran comprobar, concluyendo con ello que todo en el Espiritismo es falsedad y que urge, por tanto, oponerse a ese nuevo género de engaño. En vano se podrá decir que la Doctrina no es responsable de tales abusos. Bien conocéis el proverbio: "Cuando se desea matar al perro, se dice que está rabioso".

Qué respuesta más oportuna podría darse a una acusación de mixtificación que decir: *"¿Quién os invitó a venir? ¿Cuánto pagasteis para entrar?"* Aquel que paga quiere ser servido; exige una retribución por su dinero; si no le es dado lo que espera, tiene el derecho de reclamar. Pues bien, para evitar esa reclamación se trata de satisfacerlo por cualquier medio. De ahí el abuso, pero el abuso que amenaza convertirse en regla en vez de una excepción. ¡Por ello la necesidad de combatirlo! Ahora que tenemos una opinión a este respecto, el peligro es de temer sólo con los inexpertos. A quienes se quejaren, pues, de haber sido engañados o de no haber obtenido las respuestas que deseaban, podemos decirles: "Si hubieseis estudiado el Espiritismo, sabríais en qué condiciones él puede ser experimentado con provecho; conoceríais cuáles son los legítimos motivos de confianza y de duda y qué es, en suma, lo que puede esperarse de él; no habríais pedido lo que él no puede dar; no hubierais ido a consultar a un médium como a un cartomántico para pedirle a los Espíritus

revelaciones, consejos sobre herencias, descubrimientos de tesoros y otro ciento de cosas semejantes que no son incumbencia del Espiritismo. Si fuisteis engañados, debéis culparos sólo vosotros".

Es evidente que no se puede considerar una explotación la mensualidad que se paga a una sociedad para solventar las expensas de su sostenimiento. De igual manera, la más elemental equidad nos dice que no se puede imponer esa contribución a personas que no disponen de posibilidades financieras o de tiempo para frecuentar con asiduidad como asociados. La especulación consiste en hacer de la situación una industria, atrayendo al primero que fuere, curioso o indiferente, exigiéndole dinero. Una sociedad que así actuase sería tan reprensible, o más aún, que un individuo, y no merecería ninguna confianza. Una institución espírita debe proveer a sus necesidades. Ella debe compartir entre todos sus integrantes los gastos y nunca cargarlos sobre uno solo; esto es justo, y con este criterio no existe ni explotación ni especulación. En cambio, el caso sería muy distinto si el primero que se presentase pudiese adquirir el derecho de entrada por medio de un pago, pues esto sería desnaturalizar la finalidad esencialmente moral e instructiva de las reuniones de este género, haciendo de ellas un espectáculo para curiosos.

En cuanto a los médiums, éstos se multiplican de tal modo que los profesionales serían, hoy en día, considerados superfluos.

Tales son, señores, las ideas que me esforcé por hacer prevalecer, motivo por el cual me siento feliz por el hecho de haber obtenido éxito mucho más fácilmente de lo que había pensado. Pero comprendí, también, que aquellos a quienes frustré en sus esperanzas no son mis amigos. Estamos, pues, en presencia de un grupo que no me puede ver con buenos ojos, lo cual, convengamos, poco me inquieta. Si nunca la explotación del Espiritismo se la intentó introducir en vuestra ciudad, yo os invito a renegar de esa nueva industria a fin de no comprometeros brindándole vuestro apoyo y para que las censuras que se originaran no vayan a caer sobre la pureza de la Doctrina.

Junto a la especulación material existe aquella otra a la cual

podríamos llamar *especulación moral,* esto es, la satisfacción del orgullo, del amor propio. Es el caso de quienes intentan, al margen de todo interés pecuniario, hacer del Espiritismo un pedestal honorífico para colocarse en evidencia. A éstos muy poco los favorecí en mis escritos, y mis consejos, por otro lado, desvirtuaron más de un intento premeditado y calculista, probando que las cualidades del verdadero espirita son la abnegación y la humildad, conforme a la máxima de Cristo: "Quien se exalta será humillado". Éstos son los que integran el segundo grupo que, igualmente, tampoco me aprecian. En él se encuentran los portadores de las ambiciones frustradas y de los amores propios resentidos.

En esta clase de personas están las que no me perdonan el hecho de haber logrado éxito. Para ellas, el suceso de mis obras es causa de disgusto y motivo que les hace perder el sueño cuando asisten a los testimonios de simpatía que espontáneamente me son dispensados. Este grupo de envidiosos lo constituyen todos aquellos que, por temperamento, no toleran ver a un hombre elevar un poco la cabeza sin intentar nada por sumergirlo.

Otro grupo no menos irascible, seguramente, es el constituido por médiums, no por médiums mercenarios, sino, por el contrario, desinteresados, materialmente hablando. Me refiero a los médiums obsedidos, o mejor dicho, fascinados. Algunas consideraciones a este respecto no dejarán de tener su utilidad.

Éstos, por su orgullo, están de tal forma persuadidos de que todo cuanto reciben es sublime y sólo puede provenir de los Espíritus superiores, que se irritan con la menor observación crítica, al punto de enemistarse con sus amigos cuando éstos manifiestan la inhabilidad de no admirar lo que les parece absurdo. En esto reside la prueba de la mala influencia que los domina, puesto que, suponiéndose que por falta de capacidad de juzgar o de conocimiento no estuviesen sus críticos en condiciones de percibir claramente, esto no puede constituir un motivo para tener prevención respecto a ellos, que no se hallan en su misma posición. Pues bien, esa es la tarea de los Espíritus obsesores, los cuales, para mantener mejor al médium bajo su dependencia, lo inducen al alejamiento y rechazo de toda persona que esté en condiciones de abrirle los ojos.

Existen también los dotados de una susceptibilidad que linda con el exceso. Se molestan hasta con los más insignificantes detalles, como ser: por el lugar que se les destina en las reuniones, si éste no es de relevancia, así como por el orden establecido para el examen de las comunicaciones que recibieron o por el hecho de negarse la lectura de una de aquéllas, cuyo tema no fue considerado oportuno para el momento. Algunos se fastidian cuando no son invitados a brindar su concurso con asiduidad, otros se disgustan porque el orden de los trabajos no es invertido, de manera de favorecer sus conveniencias. Hay, además, aquellos que les agradaría ser considerados médiums titulares de un grupo o de una sociedad, ser allí los dueños *y* señores y que *sus Espíritus guías* sean tomados por árbitros infalibles de todas las cuestiones, etcétera, etcétera... Esos motivos son tan pueriles y tan mezquinos, que ninguno de ellos se anima a confesarlos. Mas no por eso dejan de constituir una fuente de sórdida animosidad que, tarde o temprano, se manifiesta a través de las discordias y los alejamientos. Sin tener razones objetivas que ofrecer por su retiro, muchos, poniendo de lado los escrúpulos, presentan pretextos o alegaciones imaginarias. El hecho de no haber satisfecho jamás las pretensiones de esas personas fue considerado por ellas como un grave error nuestro, o mejor dicho, como un crimen, razón por la cual, naturalmente, me dieron la espalda, gesto ese al cual reaccioné, una vez más -según ellos- erróneamente, no dándoles ninguna importancia. ¡Todo esto es *imperdonable!* -decían-. ¿Concebiréis esta palabra en los labios de personas que se dicen espíritas? Este es un vocablo que debería ser quitado del léxico espírita.

Esos desagrados los han experimentado, como yo, la mayor parte de los directores de grupos o de sociedades, y a todos yo los invito a tomar mi actitud, esto es, la de no dar importancia a esos médiums que más constituyen un inconveniente que un recurso. En su presencia se está siempre molesto y con el temor de herirlos, hasta con las acciones más simples y candorosas.

Estos inconvenientes fueron antes mayores que ahora. Cuando los médiums eran en menor cantidad que hoy, había que conformarse con aquellos que se disponía. En la actualidad, en cambio, en que ellos se multiplican por todas partes, el obstáculo disminuyó en razón misma de poderse seleccionar, a la vez que por

la mayor compenetración de los verdaderos principios de la Doctrina que la generalidad posee.

Dejándose a un lado el grado de la facultad, las cualidades de un buen médium son la modestia, la sencillez y la devoción. Él debe ofrecer su colaboración teniendo por miras el ser útil y no el de satisfacer su vanidad. Nunca debe atenerse a las comunicaciones que recibe, pues de tal manera podría pensarse que hay en ellas algo suyo, algo que tiene interés en defender. Debe aceptar la crítica, e incluso solicitarla, sometiéndose a las advertencias de la mayoría sin intenciones premeditadas. Si lo que recibe es falso, malo o detestable, todo eso es preciso que se le diga sin ningún temor de herirlo, e incluso con la seguridad de que tal cosa no ha de ocurrir. Esos son los médiums verdaderamente útiles a un grupo, con los cuales jamás habrá motivos de desinteligencias, puesto que comprenden muy bien la Doctrina. De igual forma son ellos los que reciben las mejores comunicaciones, dado que no se dejan dominar por los Espíritus orgullosos. Los Espíritus mentirosos no se les acercan, puesto que se reconocen impotentes para poderlos utilizar. En cuanto a los demás, ellos no comprenden la Doctrina o no la quieren comprender.

Seguidamente viene una categoría conformada por personas que jamás están satisfechas. Algunas de ellas consideran que procedo con una extremada celeridad, al paso que otras, con una cierta lentitud. Es como en la fábula *El molinero, su hito y el fumento.* Los primeros me reprueban el haber formulado principios prematuramente y erigirme en calidad de jefe de una escuela filosófica. Pero ocurre que, dejando de lado la idea espírita, ¿acaso no me correspondería a mí el derecho de arrogarme, como tantos otros, el de ser autor de un sistema filosófico, así fuese éste el más absurdo?

Si mis principios son falsos, ¿por qué no presentan otros que los sustituyan, haciéndolos prevalecer? Ellos, según parece, no son juzgados de irracionales por la generalidad, ya que encuentran adherentes en tan grande número. ¿Pero no será eso, justamente, lo que excita el mal humor de esas personas? Si esos principios no tuviesen partidarios, si fuesen ridículos a partir del

primer enunciado, seguramente de ellos ya ni se hablaría.

En cuanto a los otros, a los que afirman que no avanzo lo suficientemente rápido, esos desearían verme lanzado atropelladamente -con buena intención, quiero creer, pues es siempre mejor presuponer lo mejor que lo peor- en un camino en el que no quiero arriesgarme. Sin dejarme influir, pues, por las ideas de unos ni de otros, sigo la ruta que yo mismo me tracé: Tengo un objetivo, lo veo y sé cómo y cuándo lo alcanzaré, no inquietándome los clamores de los que pasan junto a mí.

Creed, señores, ¡las piedras no faltan en mi camino! Paso por encima de ellas, incluso de las más grandes y pesadas. Si se conociese la verdadera causa de ciertas antipatías y de muchos alejamientos, ¡muchas sorpresas recibiríamos!

Además, es preciso que me refiera a las personas que son puestas, con relación a mí, en posiciones falsas, ridículas y comprometedoras, las cuales pretenden justificarse, en última instancia, recurriendo a pequeñas calumnias: Los que esperaban seducirme con sus elogios, creyendo de esta manera poderme llevar a servir sus designios, dándose luego cuenta de la inutilidad de sus maniobras para atraer mi atención; aquellos que no elogié ni estimulé, y que eso esperaban de mí; esos otros, en fin, que no me perdonan el haber *adivinado sus* intenciones y que son como la serpiente a la que se la pisa. Si todas esas personas estuviesen dispuestas a ubicarse por unos momentos en una posición extraterrena, mirando las cosas desde un punto más alto, comprenderían perfectamente la puerilidad de cuanto les preocupa y no se extrañarían por la poca importancia que a todo eso dan los verdaderos espíritas. Es que el Espiritismo abre horizontes tan vastos que la vida corporal, corta y efímera, se apaga con todas sus vanidades y sus pequeñas intrigas ante lo infinito de la vida espiritual.

Tampoco debo omitir una censura que me fue dirigida: La de no hacer nada para atraer nuevamente junto a mi a personas que se habían alejado. Eso es verdadero, y la reprobación fundamentada. Yo la merezco, pues jamás di un único paso en tal sentido, y aquí están los motivos de mi indiferencia.

Aquellos que se aproximan a mí lo hacen porque eso les

conviene; es menos por mi persona que por la simpatía que en ellos despiertan los principios que profeso. Los que se apartan, lo hacen porque no les convengo o porque nuestras maneras de ver las cosas no concuerdan. ¿Por qué, entonces, tendría que contradecirlos, imponiéndome a ellos? Además, honestamente, carezco de tiempo para intentarlo. Es sabido que mis ocupaciones no me permiten el tiempo suficiente para descansar. Por otro lado, por uno que se aleja, hay mil que llegan. Considero un deber dedicarme a éstos, por encima de todo, y eso es lo que hago. ¿Orgullo? ¿Desprecio por los demás? ¡Oh! ¡No! ¡Honestamente, no! Yo no desprecio a nadie y me conduelo de quienes actúan mal, rogando a Dios y a los Espíritus buenos para que hagan nacer en ellos mejores sentimientos. Eso es todo. Si retornan, son siempre recibidos con júbilo. Mas correr a su encuentro, eso no me es posible hacerlo en razón del tiempo que de mí reclaman las personas de buena voluntad, y, además, porque no doy a ciertos individuos la importancia que ellos se atribuyen. Para mí, un hombre es un hombre, ¡nada más! Mido su valor por sus actos, por sus sentimientos, nunca por su posición social. Así pertenezca él a las más altas clases de la sociedad, si procede mal, si es egoísta y negligente en cuanto a su dignidad, ante mis ojos es inferior al trabajador que vive correctamente; y yo aprieto más cordialmente la mano de un hombre humilde cuyo corazón siento vibrar que la de un potentado cuyo pecho está mudo. La primera me trasmite calidez, la segunda frialdad. Hombres de la más alta posición me honran con sus visitas, sin embargo, nunca por causa de ellos, un trabajador quedó postergado para hablar conmigo. Muchas veces, en mi escritorio, el príncipe se sienta junto al obrero. Si aquél se sintiera humillado, simplemente le diría que no es digno de ser espírita. Pero me siento feliz de manifestar que yo los vi, muchas veces, estrechar sus manos fraternalmente, lo que me llevaba a manifestar con el pensamiento: "¡Espiritismo: es este uno de tus milagros; el preanuncio de muchos otros prodigios!"

Tal vez me correspondiera abrir a mí las puertas de la alta sociedad, mas lo cierto es que no he ido jamás a golpear en ellas. Eso me insumiría un tiempo que prefiero emplear más provechosamente. Coloco, en primera instancia, el consuelo que es preciso ofrecer a los que sufren, levantar el ánimo de los caídos, liberar a un hombre de sus pasiones, de la

desesperación, del suicidio, ¡detenerlo, tal vez, al borde mismo del crimen! ¿No vale más ésto que los blasones dorados de la nobleza? Guardo millares de cartas que son para mí mucho más valiosas que todas las honras de la Tierra y a las que conservo como verdaderos títulos nobiliarios. Así pues, no os alarméis si no voy en procura de quienes me han dado la espalda.

Tengo adversarios, ¡yo lo sé! Pero el número de ellos no es tan grande como podría hacer suponer lo antedicho. Ellos se encuentran en las categorías que cité, pero son apenas individuos aislados y su número es muy pequeño en comparación con los que desean testimoniarnos su simpatía. Además de eso, jamás consiguieron perturbar mi reposo, como tampoco sus maquinaciones *y* sus diatribas conmovieron mi ánimo, *y* debo agregar que esa profunda indiferencia mía y el silencio que opongo a sus ataques no es lo que menos los exaspera. Por más que hagan, jamás lograrán hacerme salir de la moderación y de la regla que tengo por conducta. No podrá decirse que alguna vez haya respondido injuria por injuria. Las personas que me conocen íntimamente pueden decir si en alguna oportunidad los mencioné, como así también si en la misma Sociedad fue formulada alguna palabra o alusión con relación a cualquiera de ellos. Incluso, tampoco por medio de la *Revista Espirita* respondí a las agresiones que eran dirigidas a mi persona, ¡y Dios sabe que ellas no han faltado!

Por otra parte, ¿de qué vale su maledicencia? ¡De nada! Ni contra la Doctrina ni contra mí. La Doctrina Espírita prueba, con su marcha progresiva, que no tiene nada que temer. En cuanto a mí, no tengo ninguna posición, por lo tanto no hay nada que me pueda ser quitado; no deseo nada ni nada solicito, por consiguiente, nada me puede ser negado. No debo nada a nadie, de tal modo no existe algo que me pueda ser cobrado; no hablo mal de nadie, ni aun de aquellos que lo hacen de mí. De tal manera, entonces, ¿en qué podrían perjudicarme? Es cierto que se me puede atribuir lo que no dije, y eso ya se hizo más de una vez. Pero aquellos que me conocen son capaces de distinguir lo que digo de aquello que no es mi costumbre decir, y agradezco a cuantos, en semejantes circunstancias, supieron responder por mí. Lo que afirmo, estoy dispuesto a repetirlo ante la presencia de quien fuere, y cuando expreso no haber dicho o hecho una cosa, me considero con el

derecho de ser creído.

Además, ¿qué representa todo eso frente a los objetivos que nosotros, los espíritas devotos y sinceros, perseguimos unidos tras ese futuro venturoso que se ofrece ante nuestra visión? Creedme, señores, sería preciso considerar como un robo perpetrado contra la grande obra los instantes que perdiésemos preocupados con esas mezquinerías. Por mi parte agradezco a Dios el haberme concedido, ya aquí, en la Tierra, tantas compensaciones morales al precio de tribulaciones tan pasajeras, como la alegría de asistir al triunfo de la Doctrina Espírita.

Os pido perdón, señores, por haberos entretenido tan largo tiempo con asuntos relacionados con mi persona, pero considero útil establecer con nitidez nuestra posición, a fin de que os sea posible saber en quién confiar, conforme a las circunstancias, y para que podáis estar convencidos de que mi línea de conducta está trazada y que de ella nadie me hará desviar. Por lo demás, creo que de estas observaciones -abstracción hecha de mi individualidad- podrán resultar algunas enseñanzas útiles.

Pasemos ahora a otro punto, y veamos el estado en que se encuentra el Espiritismo.

El Espiritismo ofrece un fenómeno desconocido en la historia de la filosofía: La rapidez de su propagación. Ninguna otra doctrina presenta un caso similar. Cuando se advierte el progreso que se viene conquistando año tras año, sin ninguna presunción se puede prever la época en que ella será la creencia universal.

La mayoría de los países participan del movimiento: Austria, Polonia, Rusia, Italia, España, Turquía, etcétera, cuentan con una numerosa cantidad de adeptos y sociedades muy bien organizadas. Mantengo correspondencia con grupos que funcionan en más de cien ciudades. Entre ellas, Lyón y Bordeaux ocupan el primer lugar. Honremos, pues, a estas dos ciudades que van al frente por su población y su cultura y donde tan alto y tan firmemente se ha levantado la bandera del Espiritismo. Muchas otras ambicionan caminar detrás de sus pasos.
A ese mismo respecto conversé con varios viajeros. Todos están de acuerdo en manifestar que cada año se registran pro-

gresos en la opinión pública. Los escarnecedores disminuyen en forma evidente. Pero a las burlas ha sucedido la cólera. Ayer se reían, hoy se irritan. De acuerdo con un viejo proverbio, eso es de buen augurio y lleva a los incrédulos a concluir en que la cuestión debe tener implícito un motivo serio.

Un hecho no menos característico es que todo cuanto los adversarios del Espiritismo han hecho para trabar su marcha, lejos de detenerlo, impulsó su progreso. Y se puede afirmar que, por todas partes, ese progreso está en relación con los ataques sufridos. ¿La prensa lo enalteció? Todos sabemos que, lejos de extenderle las manos, ella le puso los pies encima; y con eso no consiguió otra cosa que hacerlo avanzar. Lo mismo ocurrió con los ataques que generalmente le fueron dirigidos.

Existe, pues, con referencia al Espiritismo, un fenómeno que constituye una constante: Es que, sin el concurso de cualquiera de esos medios habitualmente empleados para alcanzar lo que se denomina un suceso, y a pesar de los inconvenientes que se le han opuesto, él no cesa de ganar terreno todos los días, como para dar un desmentido a aquellos que predicen su próximo fin. ¿Será esto una presunción o una fanfarronada de nuestra parte? No; se trata de un hecho imposible de ser negado. El extrajo la fuerza de sí mismo, lo que prueba el poder arrollador de esta idea. Aquellos, pues, a quienes eso contraría, harán mejor cambiar de objetivo o dejar el paso libre a lo que no pueden detener. El caso es que el Espiritismo es una idea, y en cuanto idea, él camina y derrumba todos los obstáculos; no se la puede detener en las fronteras como un paquete de mercaderías. Se queman libros, pero no se pueden incinerar ideas; mas las mismas cenizas de aquéllos, llevadas por el viento hacen fecundar la tierra donde ella debe fructificar.

Sin embargo, no es suficiente lanzar una idea al mundo para que ella eche raíces. (No, seguramente) No se crean a voluntad opiniones y hábitos. Lo mismo ocurre con relación a los descubrimientos y las invenciones: aun el más útil se pierde si no llega a su tiempo, si la necesidad que está destinado a satisfacer no existe todavía. Igual cosa acontece con las doctrinas filosóficas, políticas, religiosas y sociales: Es preciso que los Espíritus estén

maduros para aceptarlas. Si llegan muy temprano, permanecen en estado latente, y, como las semillas plantadas fuera de tiempo, ellas no prosperan.

Si el Espiritismo, pues, encuentra tan grandes simpatías, es que su tiempo ha llegado y que los Espíritus están maduros para recibirlo; es que él responde a una necesidad, a una aspiración. Tenéis de ello la prueba por el número, hoy inimaginable, que lo acoge sin extrañeza, como algo muy natural, a partir del momento que se les habla por primera vez de él. Confiesan que todo siempre les pareció así, pero que no eran capaces de precisar sus ideas. Se percibe el vacío moral que la incredulidad y el materialismo van creando en torno del hombre; se comprende que esas doctrinas cavan un abismo para la sociedad; que destruyen los vínculos más sólidos: Los de la fraternidad. Y además, porque el hombre tiene instintivamente horror a la nada, así como la Naturaleza tiene horror al vacío. Esta es la razón por la que el hombre recibe con alegría la prueba de que la nada no existe.

Pero, se podrá decir, ¿no se le enseñó diariamente que la nada no existe? ¡Sin duda, ello le fue enseñado) Mas, entonces, ¿cómo entender que la incredulidad y la indiferencia hayan crecido incesantemente en este último siglo?

Es que las pruebas ofrecidas no satisfacen más en la actualidad, puesto que no responden a las exigencias de la inteligencia. El progreso científico e industrial convirtió al hombre en un ser positivo. Él quiere darse cuenta de todo. Quiere saber el porqué y el cómo de cada cosa. Comprender para creer se tornó una necesidad imperiosa. Este es el motivo por el cual la fe ciega ya no tiene dominio sobre él. Y eso, para unos, es un mal, y para otros, un bien. Sin entrar a discutir la cuestión, apenas diremos que así lo establece una ley de la Naturaleza. La humanidad, en forma colectiva, así como los individuos, tiene su infancia y su edad madura. Cuando se encuentra en la madurez, arroja a la distancia sus pañales y quiere hacer uso de sus medios, esto es, de su inteligencia. Querer hacerla retroceder es tan imposible, como obligar a un río a remontarse hasta su fuente.

Atacar el mérito de la fe ciega -se podrá decir- es una impiedad, puesto que Dios quiere que su palabra sea aceptada sin

examen. La fe ciega tuvo su razón de ser, y aun mismo su necesidad, pero en un cierto período de la historia de la humanidad. Si hoy ella no es suficiente para fortalecer la creencia, es porque está en la naturaleza de la humanidad que así debe ser. Ahora bien, ¿quién creó las leyes de la Naturaleza? ¿Dios o Satanás? Si fue Dios, no habrá ninguna impiedad en seguir sus leyes. Si en la actualidad es una necesidad de la inteligencia comprender para creer, como beber y comer es una necesidad del cuerpo físico, señala que Dios quiere que el hombre haga uso de su inteligencia: De otro modo no se la habría dado. Hay personas que no experimentan esa necesidad, que se conforman con creer sin examen. No las recriminamos, y lejos está de nosotros el pensamiento de perturbarles su tranquilidad. El Espiritismo, evidentemente, no está destinado a ellas: Si tienen todo lo que necesitan, nada hay a ofrecerles. No se obliga a comer a la fuerza a quienes manifiestan no tener hambre. El Espiritismo está destinado a aquellos que el alimento intelectual que les es brindado no les satisface, y el número de estas personas es tan grande que el tiempo no alcanza para que nos ocupemos de las otras. Entonces, ¿por qué se quejan que no andemos detrás de sus pasos? El Espiritismo no procura a nadie en especial, no se impone a nadie y se limita a decir: Aquí me tenéis, esto es lo que soy, esto es lo que traigo. Los que juzguen tener necesidad de mí, aproxímense; los demás, permanezcan donde se encuentran. No es mi propósito perturbarles la conciencia ni injuriarlos. La única cosa que pido es la reciprocidad.

Entonces, ¿por qué el materialismo tiende a sustituir a la fe? ¿Acaso porque hasta el presente la fe no raciocina? ¿Porque ella dice: ¡Creed!, al tiempo que el materialismo expresa: ¡Raciocina!? Convengo en que éstos son sofismas. Con todo, buenas o malas son razones que, según la opinión de muchos, tienen ventaja sobre aquellos que ninguna ofrecen. Agregad a esto que el materialismo satisface a quienes se complacen en la vida material, quieren eludir las consecuencias del futuro y esperan, de tal modo, escapar a la responsabilidad de sus actos, teniendo por miras, en suma, que él es eminentemente proclive a la satisfacción de todos los apetitos brutales. Ante la inseguridad del futuro el hombre se dice: Aprovechemos el presente. ¿Qué beneficio me proporcionan mis semejantes? ¿Por qué me he de sacrificar por ellos? Son mis hermanos, se dice. Mas, ¿de qué me pueden servir hermanos que

yo los perderé para siempre, que mañana estarán muertos como yo mismo? Finalmente, ¿qué somos unos para con los otros? Muy poco, si una vez muertos nada queda de nosotros. ¿De qué servirá que me imponga privaciones? ¿Qué compensación por ellas obtendré si todo terminará conmigo?

¿Consideráis posible fundar una sociedad sobre las bases de la fraternidad con semejantes ideas? El egoísmo es la consecuencia natural de una posición como ésa. Y de acuerdo con él, cada uno trata de lograr lo mejor para sí; pero esa parte mejor es siempre el más fuerte el que se la lleva. El débil, por su parte, pensará: Seamos egoístas, puesto que los demás lo son. Pensemos sólo en nosotros, dado que los demás no piensan más que en ellos mismos.

Tal es, convengamos, el mal que tiende a invadir a la sociedad moderna; y ese mal, cual gusano dañino, puede resentir sus mismas bases. ¡Oh! ¡La culpa es de quienes la llevan por ese triste camino! ¡De los que se esfuerzan por rechazar la creencia! ¡De los que pregonizan el presente en perjuicio del futuro! ¡Ellos tendrán una terrible deuda que rescatar por el uso que han hecho de su inteligencia!

Mientras tanto, la incredulidad deja como rastro un mar de inquietud. Si es cómodo al hombre entregarse a las ilusiones, no puede evitar el pensar, en algún momento, sobre lo que le deparará el futuro. Con aversión hacia ella, la idea de la nada lo conturba. Querría tener la certeza, pero no la encuentra. Entonces fluctúa, hesita, duda y la incertidumbre lo mortifica. Se siente desgraciado en medio de los placeres materiales que no pueden salvarlo del abismo de la nada que se abre ante sus pies y al cual, supone, va a ser precipitado.

Es en ese momento que llega el Espiritismo como áncora salvadora, como un faro encendido en las tinieblas de su alma. Viene a sacarlo de la duda, viene a llenar el horroroso vacío de la incertidumbre, no como una vaga esperanza, sino con pruebas irrecusables resultantes de la observación de hechos. Viene a reanimar su fe, no manifestando: ¡Creed, pues eso os ordeno!, sino: ¡Ved, tocad, comprended y creed! Él no podría, pues, llegar en momento más oportuno, ya sea para detener el mal antes de que él sea incurable, o bien para satisfacer las necesidades del hombre

que ya no cree en simples palabras y tiene aspiraciones de raciocinar sobre aquello que cree. El materialismo lo había seducido con sus falsos raciocinios; a sus sofismas era preciso oponer raciocinios sólidos, apoyados sobre pruebas materiales. Para esa lucha, la fe ciega se había mostrado impotente. Por esa razón es que digo que el Espiritismo vino a su tiempo.

¡Lo que falta al hombre es, pues, la fe en el futuro! La idea que se le brinda no satisface su apetito por lo positivo. Es extremadamente vaga, por demás abstracta. Los lazos que lo unen al presente no son lo suficientemente definidos. El Espiritismo, por el contrario, nos presenta al alma como un Ser circunscripto, semejante a nosotros, con la sola excepción de la envoltura corporal de la que se desprendió, mas revestida de otra envoltura fluídica, lo que la hace más comprensible y lleva a concebir mejor su individualidad. Pero, además de esto, él prueba, por la experiencia, las relaciones incesantes del mundo visible con el Mundo Invisible, que se convierten, así, recíprocamente solidarios. Las relaciones del alma con el ambiente terreno no cesan con la vida física. El alma en estado de Espíritu constituye uno de los engranajes, una de las fuerzas vivas de la Naturaleza. Ya no es un ser inútil que no piensa y que no tuvo más que una corta trayectoria en la eternidad. Es siempre, y por todas partes, un agente activo de la voluntad de Dios para la ejecución de sus obras. Así, conforme a la Doctrina Espírita, todo se concatena, todo se eslabona en el Universo, y en ese gran proceso, admirablemente armonioso, los afectos sobreviven. Lejos de extinguirse, ellos se fortifican y se depuran.

Aunque esto no fuese más que teoría, ésta tendría, sobre las demás, la ventaja de ser más seductora, aunque no ofreciese la certeza. Con todo, es el mismo Mundo Invisible que vino a revelársenos a nosotros, a probarnos que está, no en regiones del espacio inaccesibles aun para el pensamiento, sino aquí, a nuestro lado, en torno de nosotros, y que vivimos en medio de ellos como un pueblo de ciegos lo puede estar en medio de otro de videntes. Esto puede perturbar a ciertas ideas, estoy de acuerdo. Pero ante un hecho, nos guste o no, tenemos que inclinarnos. Se podrá negar todo, se querrá probar que *no puede* ser así. Pero ante pruebas palpables, sería necesario oponer pruebas más palpables aún. No

obstante, ¿qué es lo que se ofrece? ¡Sólo la negación!

El Espiritismo se apoya sobre hechos. Y los hechos, de acuerdo con el raciocinio y la lógica rigurosamente aplicados, dan a él el carácter de positivismo que conviene a nuestra época. El materialismo vino a minar todas las creencias y a socavar sus cimientos, sustituyendo a la moral por la razón de ser y a echar por tierra los mismos fundamentos de la sociedad, proclamando el reino del egoísmo. Los hombres serios, entonces, al preguntarse adónde nos lleva tal estado de cosas, vislumbraron un abismo. Y esto es lo que vino a detener el Espiritismo, diciéndole al materialismo: No irás muy lejos, pues aquí están los hechos que demuestran la falsedad de tus raciocinios.

El materialismo amenazaba hacer caer en tinieblas a la sociedad, afirmando a los hombres: El presente lo es todo, el futuro es incierto.

El Espiritismo, por el contrario, corrige esta deformidad concluyendo: El presente es efímero, mas el porvenir lo es todo. Y esto él lo prueba.

Un contradictor escribió en cierta oportunidad en un periódico que el Espiritismo está lleno de seducciones. No pudo él dirigirle, contra su voluntad, un elogio mayor, al tiempo que se condenaba de la manera más concluyente. Decir que una cosa es seductora, es decir que ella satisface. Pues bien, este es el gran secreto de la propagación del Espiritismo. Para sustituirlo, ¿por qué no le oponen algo mejor? Si ello no se hace, es porque no se dispone para ofrecer nada que satisfaga más que él. ¿Por qué agrada? Ello es muy fácil de explicar:

Él agrada por lo siguiente:

1. porque satisface la aspiración instintiva del hombre relacionada con su futuro;

2. porque presenta al futuro bajo un aspecto que la razón puede admitir;

3. porque la certeza de la vida futura hace que el hombre enfrente con paciencia las miserias de la vida presente;

4. porque, con la doctrina de la pluralidad de existencias, esas miserias expresan una razón de ser, son explicables, y, en lugar de ser atribuidas a la Providencia con carácter de acusación, pasan a ser justificadas, comprendidas y aceptadas sin rebeldía;

5. porque es un motivo de felicidad saber que los seres que amamos no los hemos perdido para siempre, que los habremos de encontrar y que están constantemente junto a nosotros;

6. porque las orientaciones dadas por los Espíritus tienden a convertir mejores a los hombres en sus relaciones recíprocas.

Además de éstos, existen otros muchos motivos que sólo los espíritas tienen los medios para comprender.

En contraposición a ellos, ¿qué ofrece el materialismo? ¡La nada! Éste es el consuelo que ofrece para enfrentar las miserias de la vida.

Con tales elementos, el futuro del Espiritismo no puede ser incierto. Lejos de ello, si debemos sorprendernos de algo, ha de ser del hecho de que haya franqueado tan rápidamente un camino lleno de preconceptos. Cómo y por qué medios logrará la transformación de la humanidad, es lo que nos resta analizar.

III

Cuando se considera el estado actual de la sociedad, se está obligado a reconocer su transformación como un verdadero milagro. Pues bien, este es el milagro que el Espiritismo debe y puede realizar -ya que se halla dentro de los designios de Dios- y eso con la ayuda de una divisa: *Fuera de la caridad no hay salvación.* Tome esta máxima por emblema la sociedad humana, adapte a ella su conducta, reemplace con la misma a esta otra, que se encuentra en plena vigencia en nuestros días: "La caridad bien entendida empieza por casa", y todo cambiará. Toda la cuestión reside en lograr que el lema *fuera de la caridad no hay salvación* sea aceptado.

Bien lo sabéis, señores, el vocablo *caridad* tiene un significado muy amplio. Existe la caridad que se hace con los pensamientos, otra que se realiza con las palabras, y también la de los actos. Caridad no es únicamente limosna. El hombre es caritativo en pensamientos cuando se muestra indulgente hacia las

faltas que comete el prójimo. La caridad que se manifiesta en forma de palabras obra de manera de no decir nada que pudiera perjudicar a los demás. Y la caridad de los actos la ejerce con el semejante en la medida en que se lo permitan sus posibilidades. El pobre que comparte su mendrugo con un compañero suyo más necesitado que él es más caritativo y tiene mayor mérito, a los ojos de Dios, que el rico que da de lo superfluo sin privarse de nada. El que alimenta contra su prójimo sentimientos de ira y animosidad, celos y rencor, falta a la caridad. Caridad es la antítesis de egoísmo. Este último es la exaltación de la personalidad, en tanto aquélla constituye la sublimación de la personalidad. Dice la caridad: "Primero para vosotros; después, para mí". Expresa el egoísmo: "Antes para mí, y si sobrare, para vosotros". La caridad está íntegra en esta frase de Cristo: "Haced a los demás lo que quisierais que ellos os hiciesen". En suma, la caridad se aplica a todas las relaciones personales. Admitidlo: si todos los miembros de una sociedad obraran con arreglo a este principio habría en la vida menos desilusiones. Cada vez que dos individuos están reunidos, por ese solo hecho contraen deberes recíprocos. Si desean vivir en paz se ven obligados a hacerse mutuas concesiones. Tales deberes aumentan en proporción al número de individuos. Los conglomerados humanos se constituyen en *todos colectivos* que poseen también sus respectivas obligaciones. Así pues, tenéis, además de las relaciones de un individuo con otro, las de las ciudades con otras ciudades, las de Estados con Estados y las de países con países. Esas relaciones pueden estar motivadas por dos causas diferentes, que son la negación la una de la otra: el egoísmo y la caridad. Porque hay también un egoísmo nacional. El egoísmo hace que el interés personal prevalezca por encima de todo. Cada persona toma para sí lo que puede, el prójimo es considerado sólo como un antagonista, como un rival capaz de entrometerse en nuestro camino, y al cual podemos explotar o bien podría él explotarnos a nosotros. El triunfo será del más sagaz, y la sociedad -triste es decirlo- consagra generalmente esa victoria, lo cual hace que aquélla se divida en dos sectores principales: el de los explotados y el de los explotadores. De ello resulta un perpetuo antagonismo, que hace de la vida un tormento, un verdadero infierno. Reemplácese el egoísmo por la caridad, y todo será distinto. Nadie tratará de hacer daño a su vecino, iras y celos se extinguirán, a falta de quien los alimente, y los hombres vivirán en

paz, ayudándose recíprocamente, en lugar de despedazarse los unos a los otros. Si la caridad sustituye al egoísmo, todas las instituciones sociales pasarán a tener por fundamento el principio de la solidaridad y reciprocidad. Y el fuerte protegerá al débil en vez de explotarlo.

Muchas personas podrán decir: "¡He ahí un bello sueño! Por desgracia, no es más que eso: un sueño; porque el hombre es egoísta por naturaleza y por necesidad, y siempre seguirá siéndolo". Ahora bien, si tal afirmación fuese verdadera (¡lo que sería realmente muy lamentable!), cabe preguntarnos con qué finalidad llegó Cristo hasta nosotros, predicando la caridad a los hombres. Con el mismo resultado la hubiera predicado a los animales. No obstante, analicemos la cuestión.

¿Hay un progreso, desde el salvaje hasta el civilizado? ¿Acaso no se busca a diario mejorar las costumbres de los salvajes? ¿Con qué objeto se hace esto, entonces, si se piensa que el hombre es incorregible? ¡Qué rara extravagancia! Estáis seguros de educar a los salvajes, pero creéis que el civilizado no puede mejorar. Si el hombre civilizado abrigara la pretensión de haber alcanzado el máximum del progreso que es accesible a la especie humana, bastaría comparar las costumbres, el carácter, la legislación y las instituciones sociales de hoy con los de antaño para convencerse de que aquello no es cierto. Y los hombres de épocas pasadas también suponían haber llegado al último grado de desarrollo. ¿Qué hubiera respondido un gran señor de tiempos de Luís XIV si le hubiesen dicho que podía existir un orden social mejor, más justo y humano que el que en ese entonces había? ¿Si le hubieran afirmado que ese régimen más equitativo se caracterizaría por la abolición de los privilegios de clases y la igualdad ante la ley de los poderosos y los humildes? Ciertamente, el audaz que hubiese proclamado todo eso pagaría bien caro su temeridad.

De lo cual se desprende que el hombre es eminentemente perfectible y que los más adelantados de hoy parecerán atrasados dentro de algunos siglos. No admitir este hecho equivale a negar el progreso, que es una ley de la Naturaleza.

Aun cuando el hombre haya adelantado desde el punto de vista moral, es menester convenir, empero, en que ese progreso se

operó más acentuadamente en el sentido intelectual. ¿Por qué? He aquí otro problema que fue dado al Espiritismo explicar, mostrando que la moral y la inteligencia son dos caminos que rara vez marchan juntos. Cuando el hombre da unos pasos adelante en uno de ellos, se retrasa en el otro. Sin embargo, más tarde recobrará el terreno perdido y ambas fuerzas terminarán por equilibrarse, a lo largo de sucesivas reencarnaciones. El hombre ha llegado a una etapa en que ciencias, artes e industrias alcanzaron un límite que hasta hoy no se había conocido. Pero, si la satisfacción que de ellas extrae es bastante para la vida material, deja en cambio un vacío en el alma. El ser humano aspira a algo superior, sueña con instituciones más perfectas, desea la vida y la felicidad, la igualdad y la justicia para todos. Mas, ¿cómo alcanzar todo eso, si siguen imperando los vicios en la sociedad y, principalmente, el egoísmo? El hombre siente, pues, la necesidad del bien para ser dichoso, comprende que sólo el reinado del bien puede concederle la ventura a que aspira. Y por instinto presiente que ese reinado llegará, cree en la justicia de Dios y una voz secreta está diciéndole que va a iniciarse una nueva era.

¿Cómo ocurrirá esto? Por lo pronto, si el imperio del bien es incompatible con el egoísmo, será preciso que este último sea eliminado para que aquél pueda manifestarse. Y, ¿qué puede eliminarlo? El predominio del sentimiento del amor, que mueve a los hombres a tratarse como hermanos y no como enemigos. *La caridad es la base, la piedra fundamental de todo el edificio social.* Si prescinde de ella, el hombre sólo construirá sobre arena. Siendo así, urge que los esfuerzos y, sobre todo, los ejemplos de todos los hombres de bien la difundan. Y que no se desanimen al afrontar los recrudecimientos de las pasiones viles. Éstas son los enemigos del bien. Al ganar terreno, se lanzan contra él. Pero está dentro de los designios de Dios que, a causa de sus propios excesos, se autodestruyan. El paroxismo de un mal es siempre indicio de que está llegando a su fin.

Acabo de afirmar que si prescinde de la caridad el hombre construye sobre arena. Un ejemplo hará comprensible este aserto.

Algunos individuos bien intencionados, conmovidos por los padecimientos de una parte de sus semejantes, supusieron haber encontrado remedio al mal en ciertas doctrinas de reforma social. Con pequeñas diferencias, los principios son poco más o menos

los mismos en todas esas concepciones, sea cual fuere el nombre que se les haya dado: vida comunitaria, por ser la más barata; comunidad de bienes, para que todos tengan su parcela de ellos; nada de riquezas, pero tampoco miserias. Todo esto es harto seductor para aquel que, no poseyendo cosa alguna, ve de antemano cómo la bolsa del rico pasa a integrar el fondo comunal. Pero no piensa que todas las riquezas disponibles, puestas en común, crearían una miseria general en vez de una miseria parcial. Que la igualdad establecida hoy sería rota mañana por las fluctuaciones de la población y la diferencia entre las aptitudes individuales. Que la igualdad permanente de bienes supone una igualdad de capacidades y de trabajo. Mas no es éste el problema. No me propongo analizar aquí los aspectos positivos y negativos de tales sistemas. Dejo a un lado las imposibilidades que acaba de enumerar y propongo que los examinemos desde otro punto de vista que -me parece- todavía no ha preocupado a nadie, y que se relaciona con nuestra área de reflexiones.

Los autores, fundadores o promotores de todos esos sistemas, sin excepción, sólo se han propuesto organizar la vida material de una manera que sea para todos provechosa. No cabe duda de que su finalidad es encomiable, pero resta saber si en ese edificio no faltan los cimientos, los cuales son los únicos que podrían consolidarlo, dada la posibilidad de que fuese realizable.

La comunidad es el renunciamiento más completo a la individualidad. Requiere la más absoluta de las consagraciones, pues cada persona debe pagar con sí misma. Ahora bien, el móvil del renunciamiento y de la consagración es *la caridad, vale decir, el amor al prójimo. Por* otra parte, hay que reconocer que la base de la caridad consiste en la creencia; la falta de creencia conduce al materialismo, y éste, a su vez, lleva al egoísmo. Un sistema social que, por su naturaleza misma, para ser estable requiera virtudes morales en el grado supremo, deberá tener su punto de partida en el elemento espiritual. Y lo cierto es que no lo toman en cuenta de manera ninguna, ya que el aspecto material constituye su finalidad exclusiva. Muchas de tales concepciones están fundadas en una doctrina materialista que se confiesa con voz alta y clara, o se basan en un panteísmo que no pasa de ser una especie de materialismo embozado. Eso quiere decir que se engalanan con el rótulo de *fraternidad,* pero ésta, igual que la

caridad, no se impone ni se decreta: es algo que existe en el corazón, y no será un sistema social el que la engendre, si ahí no se encuentra ya. Al mismo tiempo que esto sucede, el defecto antagónico a la fraternidad, haciéndose presente, habrá de arruinar el sistema, el que caerá en la anarquía, pues cada persona querrá extraer para sí la mejor parte. Ahí tenemos ante nuestros ojos la experiencia para probar que dichos sistemas no extinguen en el ser humano ni las ambiciones ni la codicia. Antes de hacer la cosa para los hombres es preciso formar a los hombres para la cosa, del mismo modo que se adiestran operarios para después confiarles una tarea determinada. Antes de construir es menester nos aseguremos de la solidez de los materiales que vamos a emplear. Aquí, los materiales nobles son los hombres de corazón, de honestidad y renunciamiento. Bajo el imperio del egoísmo, amor y fraternidad serán -como ya dijimos palabras vacías de sentido. Así pues, ¿de qué manera (con el egoísmo reinando) fundar un sistema social que requiera la abnegación en tan alto grado que tenga por principio esencial la solidaridad de todos hacia cada uno y de cada uno para con todos? Hombres ha habido que abandonaron su suelo natal para fundar en lugares distantes colonias organizadas bajo el régimen de la fraternidad. Querían huir del egoísmo que los aplastaba, pero se llevaron a éste consigo y allá donde ahora están hay explotadores y explotados, pues falta la caridad.

Creyeron que bastaba con obtener el mayor número posible de brazos, sin imaginar que al propio tiempo estaban introduciendo en la nueva institución los gusanos que la devorarían, y esa nueva institución se arruinó con tanto mayor rapidez por el hecho de que no tenía en sí ni la energía moral ni la fuerza material suficientes para hacerla sobrevivir.

Lo que le faltaba no eran brazos, sino corazones sólidos. Lamentablemente, gran número de individuos se enrolaron en la empresa, mas luego, por no considerar satisfactoria la tarea común que se habían propuesto, resolvieron liberarse de sus obligaciones personales. Divisaron tan sólo un punto seductor en lontananza, sin advertir la espinosa ruta que hasta él conducía. Luego, desilusionados de sus esperanzas, reconociendo que antes de disfrutar era preciso trabajar, sacrificarse y sufrir mucho, sólo les

quedó la perspectiva del desaliento y la desesperación. Ya sabéis lo que a la mayoría de ellos sucedió. Su error consistió en haber querido levantar un edificio empezando por la cumbre, antes de haber asentado cimientos y muros robustos. Estudiad, en la historia, la causa de la caída de los más florecientes Estados, y por doquier encontraréis la mano del egoísmo, de la avidez y la ambición.

Sin la caridad no hay institución humana estable. Y no pueden existir caridad ni fraternidad, en las acepciones auténticas de los términos, sin creencia. Aplicaos, pues, a desarrollar sentimientos que, al afirmarse, eliminarán el egoísmo que os destruye. Cuando la caridad haya penetrado en las masas, cuando se haya convertido en la fe, en la religión de la mayoría, entonces vuestras instituciones se tornarán mejores, por la fuerza misma de las circunstancias. Desaparecerán los abusos que el individualismo exacerbado engendra. Así pues, enseñad la caridad y, sobre todo, predicad con el ejemplo. La caridad es el áncora de salvación de la sociedad humana. Sólo ella puede instituir el reinado del bien sobre la Tierra, porque ese reino es asimismo el de Dios. Si prescindís de la caridad, por mucho que llegareis a hacer, no crearéis sino utopías, de las cuales sólo os resultarán desilusiones. Si el Espiritismo es una verdad, si debe él regenerar al mundo, ello ocurre porque tiene por base la caridad. El Espiritismo no ha venido para derribar ningún culto ni establecer uno nuevo. Proclama y prueba verdades que son comunes a todos, que constituyen la base de la totalidad de las religiones, y no se preocupa de detalles. Sólo una cosa ha venido a destruir: el materialismo, que significa la negación de toda religión. Únicamente un templo derruirá: el del orgullo y el del egoísmo... Llega hasta nosotros para dar una sanción práctica a estas palabras de Cristo, que son toda su ley: *Ama a tu prójimo como a ti mismo.* No os espantéis, pues, por el hecho de que tenga él por adversarios a los adoradores del vellocino de oro, cuyos altares ha venido a echar por tierra. Naturalmente, están centra él los que juzgan que la moral del Espiritismo es incómoda, aquellos que de buen i gana hubieran pactado con los Espíritus y sus manifestaciones si los Espíritus se avinieran a entretenerlos. En cambio, el Espiritismo llega para rebajar su orgullo y predicarles la abnegación, el desinterés y la humildad. Dejad, pues, que ésos digan y hagan lo que quisieren.

Con ello no se modificará la marcha de los designios de Dios.

De modo que, por su poderosa revelación, el Espiritismo viene a acelerar la reforma social. A no dudarlo, sus adversarios reirán ante esta pretensión que, sin embargo, nada tiene de presuntuosa. Demostramos que la incredulidad, la simple duda acerca de su futuro, mueve al hombre a concentrarse en la vida presente, lo cual, por supuesto, desarrolla el egoísmo. El único remedio para ese mal consiste en concentrar la atención en otro punto y desarraigar el egoísmo -si así vale decirlo-, a fin de que, de ese modo, todos los hábitos que le son inherentes resulten modificados. Al probar el Espiritismo de manera evidente la existencia de un Mundo Invisible lleva, por fuerza, al individuo a un orden de ideas muy distinto, puesto que amplía el horizonte espiritual, limitado hasta entonces a la Tierra. La importancia atribuida a la vida corpórea disminuye conforme va creciendo la de la vida espiritual. Así nos situamos con naturalidad en otro punto de vista, y lo que nos había parecido una montaña se nos representa ahora no mayor que un grano de arena. Las vanidades y ambiciones de este mundo se convierten a nuestros ojos en puerilidades, en juguetes infantiles, si se les compara con el porvenir grandioso que está aguardándonos. Al apegarnos menos a las cosas terrestres, tendemos asimismo a satisfacernos menos a costa de los demás, con lo que se logra una disminución del egoísmo.

Ahora bien, el Espiritismo no se limita a probar la existencia del Mundo Invisible. Por los ejemplos que nos presenta, nos lo revela en su realidad y no como la imaginación humana lo había concebido. El Espiritismo nos muestra ese Mundo Invisible poblado de seres dichosos o infelices, pero prueba que la caridad, soberana ley de Cristo, puede asegurar ahí la paz y la alegría. Por otra parte, asistimos al espectáculo de la sociedad terrenal que se autodespedaza bajo el señorío del egoísmo y que, en cambio, viviría en paz y ventura si imperase la caridad. Con esta última todo es beneficio para el hombre: felicidad en este mundo y en el otro ... No se trata ya -según la expresión de un materialista- del sacrificio de personas engañadas, sino -conforme a lo manifestado por Cristo- de una inversión de dinero que va a ser centuplicada. Con el Espiritismo, el hombre comprende que todo será ganancia para él si obra el bien, y todo habrá de serle pérdida si opta, en cambio, por el mal. Pues bien, entre la certeza (¡no diré la oportunidadl) de perder

o ganar, la elección no puede motivar dudas. De ahí que la difusión de la idea espírita tienda, por fuerza, a hacer mejores a los hombres en sus relaciones mutuas. Y lo que el Espiritismo está realizando hoy con los individuos lo hará mañana con las masas, cuando se haya difundido de una manera general. Tratemos, entonces, en provecho de todos, de hacer que se le conozca.

Preveo una objeción que es posible oponer: la de que, con arreglo a estas ideas, la práctica del bien sería un cálculo interesado. A ella respondo diciendo que la Iglesia, al prometer los regocijos del cielo o amenazar con las llamas del infierno, conduce a los hombres por la esperanza o por el terror. Cristo mismo enseñó que lo que demos en este mundo se nos devolverá después centuplicado. No cabe duda de que tiene más mérito obrar el bien con espontaneidad, sin pensar en sus resultados, pero sucede que no todos los hombres han alcanzado esa etapa de desarrollo, y vale más practicar el bien con un aliciente que no realizarlo en absoluto.

Oímos hablar a veces de personas que hacen el bien sin especulaciones y -por así decirlo- obedeciendo a un impulso que les es propio. Se agrega que no tienen mérito, por cuanto en ese comportamiento suyo no empeñan ningún esfuerzo personal. Es un error... No hay nada a lo que el hombre llegue sin esfuerzo. El que no ha tenido que realizarlo en esta existencia debe de haber luchado en una vida anterior, y terminó por identificarse con el bien. Ved ahí por qué su conducta parece tan natural. El bien reside en esa clase de personas, como en otras están las ideas que -ellas también- han tenido su origen en un trabajo anterior. Este es, incluso, uno de los problemas que el Espiritismo viene a resolver. De modo, pues, que los hombres de bien tienen asimismo el mérito de haber luchado. Sólo que ya consiguieron la victoria, en tanto que los otros deben seguir bregando aún para obtenerla. De ahí que -igual que los niños- carezcan de un estímulo, o sea, de un objetivo por alcanzar o, si lo queréis, de un premio por lograr.

Otra objeción, más seria, es la que sigue: si el Espiritismo produce todos esos resultados, los espíritas deben ser los primeros en beneficiarse con ellos. La abnegación, la consagración desinteresada, la indulgencia hacia el prójimo, la abstención absoluta de toda palabra o acto que puedan herir a los demás, en suma, la caridad, en su más pura acepción, debe ser la regla invariable de su conducta. No han de conocer el orgullo, los celos,

la envidia ni el rencor, como tampoco las tontas vanidades y las susceptibilidades pueriles del amor propio. Tienen que practicar el bien por el bien mismo, con modestia y sin ostentación, poniendo por obra esta máxima de Cristo:

"... no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha". Obrando de este modo, nadie merecerá que se le apliquen estas palabras de Racine:

"Un beneficio enrostrado equivale siempre a una ofensa".

En suma, la más perfecta armonía debe reinar entre ellos. ¿Por qué, entonces, se citan ejemplos que parecen contradecir la eficacia de estas bellas máximas?

Al iniciarse las manifestaciones espiritistas muchos las aceptaron sin prever sus consecuencias. La mayoría las tenía por concepciones curiosas; pero cuando resultó de ellas una moral severa, deberes estrictos que debían ser cumplidos, no faltó quien se sintiera sin fuerzas para practicarlos y adecuarse a ellos. Carecían de valor, dedicación, renunciamiento. En esas personas la naturaleza corpórea prevaleció sobre la espiritual. Creyeron, pero retrocedían frente a la realización. En los comienzos sólo había, pues, *espíritas,* vale decir, *creyentes.*

La filosofía y la moral descubrieron ante esa ciencia un horizonte nuevo y modelaron a los *espiritistas practicantes.* Los primeros quedaron en la retaguardia. Los segundos se lanzaron hacia el frente .

Cuanto más se iba sublimando la moral tanto más hacía contrastar las imperfecciones de aquellos que se habían rehusado a seguirla, de la manera que una luz intensa hace que resalten las sombras. Era lo mismo que un espejo: algunos no quisieron mirarse en él o, mirándose, creyeron reconocerse, y entonces optaron por apedrear a los que se lo ponían delante. Tal es, todavía hoy, la causa de ciertas animosidades. Sin embargo -y afortunadamente-, puedo decir: esas son excepciones, algunas pequeñas sombras en el vasto panorama, incapaces de alterar su luminosidad. En este

grupo hay que incluir, en gran parte, a los que podríamos denominar *espíritas de la primera formación.* En cuanto a los que se formaron después, *y* siguen formándose a diario, en su gran mayoría *aceptaron la Doctrina, precisamente, a causa de su moral y de su filosofía. He ahí por qué se esfuerzan en llevarla a la práctica.* Pretender que todos ellos deberían haberse vuelto perfectos es desconocer la naturaleza humana. No obstante, la circunstancia de que se hayan despojado de los vestigios del hombre viejo que había en ellos constituye siempre un progreso que, necesariamente, debemos tomar en cuenta. Sólo son indisculpables a los ojos de Dios aquellos que, estando debidamente esclarecidos, no han extraído de ese esclarecimiento el provecho que podía brindarles. Por cierto que a éstos se pedirá severa cuenta, cuyas consecuencias habrán de sufrir aquí en la Tierra, conforme hemos visto que acontece en muchos casos. Pero, al lado de ellos hay asimismo un gran número de personas que han experimentado una verdadera metamorfosis. En la creencia espírita encontraron la fuerza necesaria para vencer tendencias que de mucho tiempo atrás estaban arraigadas en ellas, romper con viejas actitudes, ignorar resentimientos y enemistades y acortar las distancias que existen entre una clase social y otra. Del Espiritismo se exigen milagros: he ahí los que puede producir...

Así pues, por la fuerza misma de las circunstancias, la Doctrina Espirita llevará -como inevitable consecuencia- al perfeccionamiento moral. Éste, a su vez, conducirá a la práctica de la caridad, y de la caridad ha de nacer el sentimiento de la fraternidad. *Cuando los hombres estén imbuidos de estas ideas, adaptarán a ellas sus instituciones, y* de tal suerte realizarán, en forma natural y sin violencia, las reformas deseables. Sobre esos cimientos erigirán el edificio social del porvenir.

Se trata de una transformación inevitable, pues está comprendida en la Ley del Progreso. Sin embargo, si se deja librada tan sólo a la marcha natural de las cosas, su realización podrá verse demorada por mucho tiempo. Está en los designios de Dios que la activemos, si creemos en la revelación de los Espíritus, y vivimos precisamente el tiempo predicho para ello. La concordancia de las comunicaciones, a este respecto, es un hecho digno de subrayarse. Por todas partes nos dicen que nos acercamos a la era nueva y que van a llevarse a efecto notables realizaciones. En cambio, sería un

error suponer que el mundo se halle amenazado por un cataclismo material. Analizando las palabras de Cristo salta a los ojos que, en esta como en otras muchas circunstancias, habló Él de una manera alegórica. La renovación de la humanidad, el reinado del bien sucediendo al del mal, son hechos notables que pueden tener su realización sin que haya necesidad de un naufragio universal, el suceder de fenómenos extraordinarios o de la derogación de las leyes naturales. Y es siempre en este sentido en el que los Espíritus se han expresado.

Habiendo alcanzado la Tierra el tiempo señalado para que se convierta en una morada feliz, elevándose así en la jerarquía de los mundos, basta a Dios no permitir a los Espíritus imperfectos que reencarnen en ella, apartando entonces de este mundo a aquellos que, por orgullo, incredulidad o malos instintos puedan constituirse en un obstáculo para el progreso, perturbando la buena armonía reinante. Así procedéis vosotros mismos en una asamblea en que necesitéis disfrutar de paz y tranquilidad, por cuyo motivo alejáis de ella a quienes puedan provocar el desorden; o como de un país se expulsa a los malhechores, que son desterrados a naciones distantes. Esto es así porque *en* las razas *-o* mejor dicho, para servirnos de las palabras de Cristo-, en las generaciones de Espíritus que son enviados a la Tierra como expiación, los que persistan en seguir siendo incorregibles serán sustituidos por una generación de Espíritus más adelantados, para lo cual será suficiente una nueva generación de seres humanos y la voluntad de Dios, que puede -por medio de acontecimientos inesperados, aunque naturales- apresurar su partida de la Tierra. Pues bien, si la mayor parte de los niños que ahora están naciendo pertenecen a la nueva generación de Espíritus mejores, y si los demás, que parten cada día de este mundo, no regresaran aquí, de todo ello va a resultar una renovación completa.

Ahora bien, ¿qué será de los Espíritus que han sido exiliados de la Tierra? Se les encaminará hacia mundos inferiores, donde expiarán sus culpas a lo largo de siglos de difíciles pruebas, puesto que también ellos son ángeles rebeldes que menospreciaron el poder de Dios y se sublevaron contra la ley que Cristo vino a recordarles.

Sea como fuere, en la Naturaleza nada se hace por saltos. La vieja levadura dejará todavía, durante algún tiempo, huellas que sólo poco a poco irán borrándose. Cuando los Espíritus nos afirman

(y lo hacen por doquiera) que estamos acercándonos a ese momento, no creáis que ello signifique que seremos testigos de una transformación visible. Quieren decirnos que nos hallamos en el instante de la transición, que asistimos a la partida de los viejos y a la llegada de los nuevos, los cuales vendrán a fundar un nuevo orden de cosas, esto es, el imperio de la justicia y de la caridad, que constituye el verdadero reino de Dios sobre la Tierra, pronunciado por los profetas y cuyos caminos ha venido el Espiritismo a preparar.

Vedlo, señores: *estamos ya muy lejos de las mesas giratorias y,* sin embargo, sólo algunos años nos separan de la cuna del Espiritismo... Cualquiera que hubiese sido lo bastante audaz para predecir lo que hoy está pasando, hubiera aparecido como insensato a los ojos de sus propios compañeros. Si se observa una minúscula semilla, ¿quién podría comprender -si antes no hubiera asistido al fenómeno- que de ella saldría un árbol poderoso? Viendo a aquel niño nacido en un establo de una pobre aldehuela -en Judea-, ¿quién hubiera podido suponer que, sin el fausto y el poder material, su sola voz conmovería al mundo, apoyada únicamente por algunos pescadores iletrados y tan pobres como Él mismo? Otro tanto acontece con el Espiritismo que, surgido de un humilde y vulgar fenómeno, ahondó sus raíces en todas direcciones, y cuyo ramaje cubrirá muy pronto la Tierra entera. Las cosas progresan con celeridad cuando Dios así lo quiere. Y puesto que nada sucede fuera de su voluntad, ¿quién no verá en esto la mano de Dios?

Al asistir al avance irresistible de los acontecimientos, podríais exclamar, como otrora los cruzados que marchaban hacia la conquista de la Tierra Santa: *¡Dios lo quiere!* Pero con la diferencia de que ellos avanzaban llevando en sus manos hierro y fuego, en tanto vosotros sólo tenéis por arma la caridad que, en vez de causar heridas mortales, derrama un bálsamo salutífero sobre los corazones doloridos. Y con esta arma pacífica, que centellea a los ojos cual un rayo de la divinidad y no como un metal asesino; con esta arma que siembra esperanza y no temor, dentro de algunos años habréis reconducido al aprisco de la fe a más ovejas descarriadas que lo que hubieran podido hacer siglos de violencia y prepotencia. Con la caridad por guía marcha el Espiritismo hacia la conquista del mundo.

¿Será fantasioso y quimérico el cuadro que os he bosquejado? ¡No! La razón, la lógica, la experiencia, todo, en fin, nos dice

que es esta una realidad.

Espiritistas, sois los impulsores de esa obra grandiosa. Haceos dignos de tan gloriosa misión, cuyos primeros frutos estáis ya recogiendo. Predicad, sí, con las palabras, pero hacedlo, sobre todo, con el ejemplo. Comportaos de suerte que, al veros, no puedan alegar que las máximas que enseñáis son en vuestros labios palabras vanas. A la manera de los apóstoles, obrad milagros, ya que para eso os ha concedido Dios el don... No milagros que choquen a los sentidos, sino milagros de caridad y de amor. Sed buenos con vuestros hermanos, sed buenos con el mundo entero, y sedlo también con vuestros enemigos. A ejemplo de los apóstoles, echad fuera demonios. Tenéis poder para esto, y ellos pululan en torno de vosotros: los demonios del orgullo y de la ambición, de la envidia y los celos, de la codicia y la sensualidad, que alimentan todas las pasiones viles y siembran entre vosotros los frutos de la discordia. Expulsadlos de vuestros corazones, a fin de que adquiráis la fuerza necesaria para arrojarlos fuera de los corazones ajenos. Obrad tales prodigios y Dios os bendecirá, y las generaciones del futuro harán lo propio, como las de ahora bendicen a los primeros cristianos, muchos de los cuales tornan a vivir entre vosotros, para asistir y cooperar a la coronación de la obra de Cristo. Haced esos milagros y vuestros nombres serán gloriosamente inscritos en los anales del Espiritismo. Liberaos lo antes posible de todo cuanto pueda restar aún en vosotros del viejo fermento. Pensad que en cualquier instante -mañana mismo, quizá- el ángel de la muerte puede venir a golpear a vuestra puerta y deciros: "Dios te llama para que rindas cuenta de lo que hiciste con su palabra, con la palabra de su Hijo, que Él ha hecho repitieran los Espíritus buenos". Así pues, estad siempre prontos a partir, y no procedáis como el viajero imprudente, que es tomado de sorpresa y desprevenido. Llenad de antemano vuestras alforjas, aprovisionaos con buenas obras y sentimientos igualmente buenos, porque ¡ay de aquel a quien el fatal momento sorprenda con la ira, la envidia o los celos en el corazón! Tendrá por escolta a los malos Espíritus, que se regocijarán de las desdichas que le aguarden, puesto que tales desventuras obra suya serán. Y vosotros sabéis bien, espíritas, cuáles son esas desgracias: los que las padecen se llegan hasta nosotros por sí mismos para describirnos sus sufrimientos. A

aquellos otros, en cambio, que se presentaren puros, los buenos Espíritus acudirán para extenderles la mano, diciéndoles: "Hermanos, sed bienvenidos a las celestes moradas, donde os esperan himnos de alegría".

Los adversarios que tenéis reirán de vuestra creencia en los Espíritus y en sus manifestaciones, pero no podrán mofarse de las virtudes que de tal creencia resultan. No se burlarán cuando vean a enemigos perdonándose en lugar de agredirse; cuando presencien el renacimiento de la paz entre los que se habían dividido por disidencia; cuando vean al incrédulo de ayer absorto hoy en fervorosa plegaria; al hombre violento y colérico convertido ahora en un ser dulce y pacífico; al libertino transfigurado en un individuo que cumple sus deberes y en un perfecto padre de familia; al orgulloso que se ha hecho humilde, y al egoísta dando pruebas del más alto espíritu de caridad. No se burlarán cuando comprueben que ya no han de temer la venganza de sus enemigos que hayan abrazado el Espiritismo. El rico no reirá cuando advierta que el pobre no envidia su fortuna, y este último, en vez de abrigar sentimientos de celos, bendecirá al rico que se hizo humano y generoso. Los jefes no reirán de sus subordinados y dejarán de molestarlos cuando echen de ver que se han vuelto escrupulosos y concienzudos en la realización de sus tareas. Por último, los patronos alentarán a sus servidores y subalternos cuando adviertan que, bajo el imperio de la fe espirita, se han hecho más fieles, consagrados y sinceros. Se darán cuenta entonces de que el Espiritismo es bueno para todo y para todos, y no sólo para salvaguardar sus intereses materiales. Y tanto peor será para quienes se rehusaron a ver un poco más lejos... Bajo el señorío de esa misma fe, el militar habrá de ser más humilde y humano, más fácil de llevar. Tendrá sentimientos y será obedecido no por temor, sino por la razón. Tal lo que comprueban los dirigentes imbuidos de esos principios -y son muchos-. Por eso motivo, procurarán con sinceridad que no se ponga traba alguna a la propagación de las ideas espiritistas entre sus dirigidos.

Ved aquí, señores que os mofáis, lo que produce el Espiritismo -esta utopía del siglo diecinueve-, parcialmente aún, es

cierto, pero cuya influencia ya se reconoce y cuya difusión pronto se comprenderá que es del mayor beneficio para todos. Su influjo constituye una garantía de seguridad para las *relaciones sociales,* puesto que es el más poderoso freno a las malas pasiones, a las efervescencias desordenadas, y muestra el lazo de amor y de fraternidad que debe unir al grande con el pequeño y a éste con aquél. Haced, pues, que merced a vuestro ejemplo en breve pueda decirse: "¡Plazca a Dios que todos *los* hombres sean espiritistas de corazón!"

Queridos hermanos espíritas, vengo a señalaros el camino, a haceros ver el objetivo. ¡Puedan mis palabras, en su impotencia, haberos hecho comprender su grandeza! Sin embargo, otros han de venir -después de mí- que os la mostrarán también, y cuya voz, más poderosa que la mía, tendrá para las naciones la viva resonancia de la trompeta. Sí, hermanos míos: pronto habrán de surgir entre vosotros Espíritus mensajeros de Dios, encargados de establecer su reino sobre la faz de la Tierra, y los reconoceréis por su sabiduría y la autoridad de su lenguaje. A su voz, los incrédulos e impíos se llenarán de espanto y estupor, y se inclinarán ante ellos, pues no se atreverán a tildarlos de locos. No podría yo, hermanos, revelaros lo que el futuro os está preparando. Pero cerca se hallan los tiempos en que todos los misterios serán develados, para confusión de los embusteros y glorificación de los buenos.

En el ínterin, revestíos del manto blanco, aplacad las discordias, ya que éstas pertenecen al reinado del mal, que está tocando a su fin. Séanos posible fusionaros en una misma y única familia y daros mutuamente -desde lo hondo del corazón y sin cálculo premeditado- el nombre de hermanos. Si hay entre vosotros disidencias, causas de antagonismos; si los grupos que deben marchar todos hacia una meta común estuvieren divididos, lo lamento, pero no me preocupo por los motivos de esto ni analizo quién haya podido cometer los primeros errores, sino me pongo sin vacilar del lado del que tenga más caridad, esto es, más abnegación y auténtica humildad, pues aquel a quien falte la caridad estará siempre equivocado, aun cuando le asista cualquier especie de razón, ya que Dios no aprueba al que llama a su

hermano *racca.*

Los grupos son individualidades colectivas que deben vivir en paz, como los individuos, si realmente son espíritas. Vienen a ser los batallones de la gran falange. Ahora bien, ¿qué sería de una falange cuyos batallones se dividieran? Aquellos que miran a su prójimo con ojos celosos están probando, sólo con eso, que se hallan bajo una influencia ruin, puesto que el espíritu del bien no puede producir el mal. Ya lo sabéis: el árbol se reconoce por sus frutos. Y el fruto del orgullo, de la envidia y los celos es fruto envenenado, que matará al que pretenda alimentarse con él.

Lo que vengo diciendo acerca de las disidencias entre los grupos es igualmente válido para las que puedan suscitarse entre los individuos. En tales circunstancias, el dictamen de las personas imparciales es siempre favorable a aquel que ofrezca mayores pruebas de grandeza y generosidad. En la Tierra, donde nadie es infalible, la indulgencia recíproca es una secuela del principio de caridad, que nos mueve a obrar con los demás como quisiéramos que ellos hiciesen con nosotros. Y sin indulgencia no existe caridad, del mismo modo que sin caridad no hay verdadero espírita. La moderación es uno de los signos característicos de ese sentimiento, así como la acrimonia y el rencor son indicios de su negación. Con aspereza en el trato y espíritu vengativo se deterioran las más dignas causas, pero con la moderación las fortalecemos, si estamos ya de su lado, o pasamos a participar de ellas, si aún no lo hemos hecho. De esta manera, si yo tuviese que opinar en una divergencia, me preocuparía menos por las causas y más por las consecuencias. En querellas que han tenido su origen principalmente en palabras, las causas pueden ser el resultado de factores que no siempre está en nuestra mano gobernar: la conducta ulterior de dos adversarios es la resultante de la reflexión. Entonces actúan con sangre fría, y es cuando se define el verdadero carácter de cada una de las partes. Muchas veces andan juntos una mala cabeza y un corazón también malo, pero rencor y buen corazón son incompatibles el uno con el otro. Mi medida de evaluación sería, en tal caso, la caridad, o sea que pondría mis ojos en aquel que no hablara tan mal de su adversario, mostrándose más moderado en sus recriminaciones. Conforme a esta medida nos juzgará Dios, ya que Él será indulgente con el que haya sido indulgente y será inflexible con el que haya sido inflexible.

La conducta que la caridad nos indica es clara, infalible y sin equívocos. Podríamos definirla así: *"Sentimiento de benevolencia con respecto al prójimo, basado en lo que querríamos que éste nos hiciese a nosotros". Si* la tomamos por guía podemos estar seguros de no apartarnos del recto camino que conduce a Dios. El que con sinceridad y seriedad desee trabajar en bien de su automejoramiento debe analizar la caridad en sus mínimos detalles y adecuar a ella su conducta, pues se aplica a todas las circunstancias de la vida, así a las más simples como a las más complejas. Cada vez que estamos en la duda en cuanto al partido que hemos de tomar en interés de los demás, bastará con que interroguemos a la caridad, y ella habrá de respondernos siempre de la manera justa. Lamentablemente, se escucha más a menudo la voz del egoísmo.

Sondead, pues, los hondones de vuestra alma, para arrancar de ella los postreros vestigios de las malas pasiones, si algo de éstas queda todavía. Y si experimentáis algún resentimiento contra alguien, preocupaos por sofocarlo y decidle: "Hermano, olvidemos el pasado. Los Espíritus malos nos habían separado. ¡Reúnannos los buenos!" Si él rechaza la mano que le extendéis, entonces lamentadlo, pues Dios por su parte le dirá: "¿Por qué pides perdón, tú, el que no perdonó?"

Daos prisa, para que no os sean aplicadas estas fatales palabras: "¡Es demasiado tarde!"

Tales son, queridos hermanos espíritas, los consejos que tengo que daros. La confianza que habéis depositado en mí es una garantía de que ellos obtendrán frutos provechosos. Los buenos Espíritus que os asisten os dicen cada día lo mismo, pero consideré un deber exponeros estas advertencias en conjunto, de modo que sus consecuencias se destaquen mejor. Vengo, pues, en nombre de ellos a recordaros la práctica de la gran ley del amor y de la fraternidad, que pronto deberá regir al mundo y hacer que en él reinen la paz y la concordia, bajo el estandarte de la caridad hacia todos, sin exclusión de sectas, castas ni colores.

Con esta bandera el Espiritismo será el lazo de unión que reunirá a los hombres divididos por las creencias y los prejuicios mundanos. Derribará la más poderosa barrera que separa a los pueblos: el antagonismo de las nacionalidades. A la sombra de esa

bandera, que constituirá su punto de reunión, los hombres se habituarán a tener por hermanos a aquellos a quienes veían como enemigos. Pero hasta entonces bastantes luchas habrá, puesto que el mal no suelta fácilmente su presa y los intereses materiales son tenaces. No cabe duda de que no veréis vosotros con los ojos del cuerpo la realización de esa obra, a la cual cooperáis, a pesar de que ese momento no se halla muy lejos. Los primeros años del siglo venidero deberán preanunciar esa era nueva que se está gestando en el ocaso de ésta que hoy vivimos. Pero disfrutaréis con los ojos del Espíritu el bien que hubiereis hecho, así como los mártires del Cristianismo se regocijaban contemplando los frutos de su sangre derramada. ¡Valor y perseverancia! No os echéis atrás ante los obstáculos. El campo no se vuelve fértil sin la dádiva del esfuerzo sudoroso. De la manera que el padre, aun en el atardecer de la vida, construye el hogar que proveerá abrigo a sus hijos, así también creed que estáis construyendo, para las generaciones por venir, un templo a la fraternidad universal en el que las únicas víctimas inmoladas serán el egoísmo, el orgullo y todas las pasiones viles que a la humanidad ensangrentaron.

INSTRUCCIONES PARTICULAR

Dadas a los grupos como respuestas a algunas de las cuestiones formuladas

Hay un punto sobre el cual considero un deber llamar vuestra atención. Quiero hablaros de las sórdidas maniobras de los adversarios del Espiritismo que, después de haberlo atacado en forma franca, pero infructuosa, tratan de hacerlo ahora por sus espaldas. Es esta una táctica sobre la cual es preciso que estéis prevenidos.

Como sabéis, al Espiritismo ya se lo combatió por todos los medios posibles: lo atacaron en nombre de la razón, de la ciencia y de la religión. Nada de eso fue certero. Se intentó cubrirlo del más premeditado ridículo, y el ridículo se deslizó sobre él como agua sobre el mármol. No se obtuvo más éxito con la amenaza ni con la persecución. Si ellas encontraron frágiles arbustos, también se enfrentaron con robustos robles que no pudieron doblar. Además, no consiguieron debilitar ninguna convicción. ¿Deberíamos suponer por ello que el enemigo ya se rindió? ¡No! Le restan aún dos últimos recursos que, confiamos, no han de resultarles mejor, gracias a la vigilancia y el buen sentido de todos los verdaderos espiritas, quienes sabrán preservarse de los enemigos internos como han podido rechazar a los externos.

No habiendo podido lograr el ridículo del Espiritismo, *invulnerable bajo la égida de su sublime moral,* esta vez intentan desacreditar a los espíritas, esto es, provocando actos extravagantes en ciertos espiritas o seudo espíritas, responsabilizando luego a todos de lo realizado por unos pocos. Lo que desean, por sobre todo, es ligar los vocablos espírita, Espiritismo y médium con los de embaucadores, mercenarios, nigromantes y decidores de la suerte, para lo cual no les será difícil encontrar a las personas que los ayuden a utilizar prácticas místicas o cabalísticas y justificar lo que se animaron a afirmar en ciertos periódicos: que los espíritas se entregan a las prácticas de la magia y de la hechicería y que sus reuniones no son otra cosa que renovadas escenas sabáticas. En

conocimiento de que unos famosos saltimbanquis informaban de las representaciones de médiums norteamericanos y de otras nacionalidades, como se anuncia en el *Hércules del Norte,* ellos se restregan las manos excitados de alegría y corren a proclamar públicamente que el respetable Espiritismo se ha reducido a un espectáculo de feria.

Los verdaderos espíritas, obviamente, nunca habrán de brindarles esa satisfacción, y las personas de sano juicio sabrán siempre establecer diferencias entre lo serio y lo burlesco; no obstante, es preciso estar en guardia contra todo lo que pueda favorecer a tales críticas. Ante semejante situación, es importante cuidar hasta de las apariencias. Un detalle fundamental para dar un desmentido formal a esas alegaciones de la maledicencia, es el desinterés. ¿Qué podrá decirse de personas que todo lo hacen por devoción y sin esperar retribución alguna? ¿Cómo calificarlos de charlatanes mercenarios si ellos nada exigen? ¿Cómo alegar que viven del Espiritismo al igual que otras personas viven de sus negocios comunes? ¿Qué ventaja personal podrán ellos extraer del fraude si, por el contrario, su creencia los incentiva al sacrificio, a la abnegación y al más grande desprecio e indiferencia por los honores y las posesiones terrenas?

Yo lo repito: el desinterés moral y material será siempre la respuesta más concluyente que se pueda dar a los detractores de la Doctrina. Éstos lograrían la mayor satisfacción si pudiesen sustraerle esa solvencia moral, aun por medio de los pretextos o infundios y hasta llegando a pagar a algunas personas para desempeñar determinadas comedías. Actuar de otra forma será, pues, ofrecerles armas. ¿Queréis la prueba? Ella está en lo que leemos en el *Courrier de l'Est,* periódico publicado en Bar-le-Duc, que fue cuidadosamente transcripto por el *Courrier de Lot,* editado en Cahors, además de otras publicaciones que, en serie, intentaban desafiarnos:

"... El Espiritismo tiene por partidarios tres clases bien distintas de individuos: los que de él viven, los que con él se divierten y los que en él creen. Magistrados, médicos, personas de responsabilidad se encuentran entre sus adeptos, y éstos, aunque inocentes, son extremadamente útiles a aquellos que de él viven. Los médiums constituyen hoy en día una categoría *de industriales no registrados que, no por esto dejan de hacer su comercio, un*

verdadero comercio al respecto del cual deseo hablaros..."

Sigue luego un largo artículo condimentado con especias poco saludables, en el que se describe una sesión a la que el autor asistió y figura un pasaje, que trascribimos, relacionado con una señora que esperaba recibir una comunicación de su hija

"Y la mesa se dirigió hacia la infeliz madre, que se retorcía víctima de espasmos nerviosos. Cuando se rehizo de su emoción, le ofrecieron una copia del mensaje recibido: *Costo, veinte francos; y el precio no es excesivo tratándose de una hija adorada".*

Si debemos creer al autor del artículo, la sesión no se desarrolló de una forma que predominaran en ella el respeto y el recogimiento, puesto que él agrega:

"El señor que interrogaba a los Espíritus no me pareció con la dignidad que la situación de los interlocutores exigía: no brindaba a sus funciones mayor majestad que si estuviese trinchando una pierna de cordero en la mesa de huéspedes de Batignolles"

Lo que más contrista es que Baya podido decir que vio establecer precios por las manifestaciones. Sin embargo, lo que es digno de lamentar en este caso es que se juzgue a una obra por su parodia. Además, es eso lo que hacen la mayoría de los críticos cuando afirman: ¡Yo vi!

Esos abusos, como dije, son excepciones, muy raras excepciones. Si los menciono con insistencia es porque tales hechos son en los que se fundamentan más los pretextos de la mala fe, si es que ellos ya, de por sí, no constituyen una obra de calculada maledicencia. De hecho, ellos no se podrían propagar en medio de una inmensa mayoría integrada por personas respetables que comprendiesen la verdadera misión del Espiritismo y las responsabilidades con que él nos inviste, así como la grave dignidad que le es propia. Es un deber, pues, negar toda solidaridad con los abusos que podrían comprometerlo, poniendo bien en claro, además, que no se pueden defender tan tristes hechos ni frente a la justicia ni ante la opinión pública.

Con todo, este no es el único escollo que se nos presenta a la vista. Ya dije que los adversarios tienen otra táctica para alcanzar sus fines: ella consiste en sembrar la desunión entre los adeptos, atizando el fuego de pequeñas pasiones y fomentando la envidia y

el rencor, a la vez que generando cismas y suscitando las causas de antagonismos y de rivalidad entre los grupos con el fin de llevarlos a constituir diversos campos. ¡Y no creáis que son los enemigos declarados los que de esta forma actúan! Son los seudo amigos de la Doctrina y, con frecuencia, aquellos que más ardientes se muestran. En oportunidades, y con astucia, harán sacar las castañas del fuego a las mismas manos de amigos sinceros e inocentes que, hábilmente engañados, procederán de buena fe y sin desconfianza. Recordaos de que la lucha no ha terminado y se encuentra aún a vuestras puertas. Manteneos constantemente en guardia a fin de que ella no os encuentre desprevenidos. En caso de inseguridad, tenéis un faro que no os puede hacer equivocar: es la caridad, que jamás yerra. Considerad, pues, de origen sospechoso todo consejo, toda insinuación que tienda a sembrar entre vosotros gérmenes de discordia y haceros extraviar del camino recto que os enseña la caridad en todo y por todos.

II

¿No sería beneficioso que los espiritas tuviesen un distintivo o una seña cualquiera que los identificara donde se encontraren?

Los espíritas no constituyen ni una sociedad secreta, ni una organización sectaria. Ellos no deben tener, pues, ningún distintivo o señal para identificarse mutuamente. Como nada, enseñan y nada practican que no pueda ser conocido por todas las gentes, no tienen, por consecuencia, nada que ocultar. Un distintivo o una señal podría ser, además, usado por falsos hermanos, y el resultado de ello es fácil de imaginar.

Vosotros tenéis una seña que es comprendida de un extremo al otro del mundo: *la de la caridad.* Esta palabra es fácil de ser pronunciada y ella puede estar en la boca de todos, pero no por ello la auténtica caridad podrá ser falsificada. Siempre reconoceréis a un hermano en la práctica de esta sublime virtud, aun cuando él no se diga espírita, y a él debéis extenderle la mano aunque no comparta vuestra creencia, puesto que por ello no dejará de ser para con vosotros benevolente y tolerante.

Una señal de reconocimiento es hoy, por lo demás, completamente inútil, dado que el Espiritismo ya no se oculta. Para aquellos que no tienen el coraje de afirmar su opinión, igualmente

sería inútil, puesto que de ella no se servirían. En cuanto a los demás, ellos se hacen reconocer hablando con voz clara, buen tono y sin ningún temor.

III

Algunas personas ven en el Espiritismo un peligro para las clases poco cultivadas que, sin poderlo comprender en su pura esencia, podrían desnaturalizar su espíritu y hacerlo degenerar en una superstición. ¿Qué se les podría responder?

Eso es posible que suceda con todo cuanto juzgamos de la mayor utilidad, y si fuésemos a suprimir las cosas de las que se puede hacer un mal uso, yo no sé qué es lo que quedaría, comenzando por la prensa, con cuyo auxilio se pueden difundir doctrinas perniciosas que envenenan el alma de los pueblos. También sería el caso de preguntarnos al respecto por qué Dios concedió la lengua a ciertas personas. Se abusa de todo, aun de las cosas más sagradas. Si el Espiritismo hubiese surgido de las clases menos esclarecidas, sin ninguna duda que él podría estar afectado de muchas supersticiones. Él, sin embargo, nació en medios cultos y sólo después de haberse elaborado y depurado en ellos fue que penetró, en los días que corren, en los sectores menos cultivados de la sociedad, a los cuales llegó liberado, por la experiencia y la observación, de todas las inconveniencias espúreas. Lo que podría tornarse realmente peligroso para el vulgo, sería el charlatanismo. Por ello es que nunca estará demás combatir, de manera cuidadosa y constante, y por todos los medios lícitos a nuestro alcance, la explotación, por ser una fuente inagotable de abusos.

Ya no estamos en el tiempo de los parias en que, con relación a los conocimientos, se decía: ¡Esto es bueno para éstos y esto otro para aquéllos! La luz penetra ahora constantemente en el taller del obrero, así como en la humilde choza, en la medida que el sol de la inteligencia se levanta en el horizonte y proyecta sus rayos con intensidad. Las ideas espíritas siguen el mismo proceso. Ellas están en el aire y no le es dado a nadie poder detenerlas. Lo único necesario es dirigir su curso. *El punto capital del Espiritismo es su aspecto moral.* Esto es lo importante que hay que hacer

comprender -aun a costa de todo y cualquier esfuerzo-, y téngase presente que es de tal manera como él es visto hasta por los sectores menos esclarecidos. Por esa razón es grande y manifiesto, también, su efecto moralizador. Este es un ejemplo de ello, entre otros muchos:

En un grupo del cual participaba durante mi estancia en Lyón, en el fondo del salón se levantó un hombre vestido con ropas de trabajador, expresando lo siguiente: "Señor, hace seis meses yo no creía ni en Dios ni en el diablo, como tampoco en que tuviese un alma. Estaba persuadido que cuando morimos todo se acaba. No temía a Dios, pues le negaba; no me atemorizaban las penas futuras, dado que, según mi parecer, todo concluía con la vida. Será bueno decir que no oraba, pues desde mi primera comunión no había vuelto a poner los pies en una iglesia. Además de eso, era violento y arrebatado. Para resumir: yo no creía en nada, ni siquiera en la justicia humana. ¡Hace seis meses yo era así! Fue entonces que me acerqué al Espiritismo. Durante dos meses sostuve una lucha. Mientras tanto, yo leía y comprendía sin poder negar lo evidente. Una verdadera revolución se operó en mí. Hoy ya no soy el mismo hombre. Oro todos los días y frecuento la iglesia. En cuanto a mi carácter, preguntad a mis amigos si yo cambié. ¡Antes me irritaba con todo, una insignificancia me exasperaba! Hoy soy tranquilo y feliz y bendigo a Dios por haberme enviado sus luces".

¿Comprendéis de lo que es capaz un hombre que llega al punto de no creer ni en la justicia de los hombres? ¿Será posible negar el efecto saludable del Espiritismo sobre este hermano? Y hay millares como él. Aunque iletrado, no por eso dejó de comprender. Ello porque el Espiritismo no es una teoría abstracta que se dirige sólo a los sabios; él habla también al corazón, y para hablar el lenguaje del corazón no hay necesidad de poseer diplomas. ¡Hacedlo penetrar por este camino en las mansiones y en las chozas, y él hará milagros!

IV

Si el Espiritismo hace mejores a los hombres y conduce a los incrédulos a la creencia en Dios, en el alma y en la vida futura, sólo puede realizar el bien. ¿Por qué, entonces, él tiene enemigos y por

qué aquellos que todo eso niegan no se cansan de atacarlo?

El Espiritismo tiene enemigos como toda otra idea nueva los tiene. Una idea que se estableciese sin oposición, sería un hecho milagroso. Además, cuanto más falsa y absurda fuera, menos adversarios hallaría, mientras que los tendría en cantidad mayor si ella fuera verdadera, justa y útil. Esta es una consecuencia natural del estado actual de la humanidad. Toda idea nueva viene, necesariamente, a reemplazar a una idea vieja. Si ella es falsa, ridícula o impracticable, nadie le da importancia, puesto que se comprende que no tiene vitalidad. La dejan morir de muerte natural. Si es justa y fecunda, ella ; atemoriza a aquellos que, por cualquier motivo, por orgullo o interés material, estuvieren interesados en mantener la idea vieja. Éstos la combatirán con tanto mayor ardor cuanto mejor perciban el peligro que representa para sus intereses. Observad la historia, las industrias, las ciencias y las religiones, y por todas partes encontraréis la aplicación de este principio. Pero la historia también os dirá que contra la verdad nadie y nada puede prevalecer. Ella se establece, quiérase o no, cuando los hombres están lo suficientemente maduros para aceptarla. Es absolutamente necesario, entonces, que sus adversarios se sepan adecuar a esta circunstancia, pues esto es lo único que les cabe. Con todo, es curioso y digno de resaltar que, en muchas oportunidades, éstos han sido los primeros en vanagloriarse de ser los padres de la idea que hasta entonces combatieron.

En términos generales, se puede juzgar la importancia de una idea por la oposición que ella genera. Suponed que al llegar a un país tomáis conocimiento de que el pueblo allí se prepara para rechazar a un enemigo que intenta invadir su territorio. Pues bien, si percibiereis que son enviados a sus fronteras apenas cuatro soldados y un cabo, consideraréis que el enemigo no es tan temible. En cambio, otra será vuestra reacción si vierais movilizar contra él a numerosos batallones pertrechados con toda la artillería de guerra. De idéntica manera sucede con relación a las ideas nuevas. Divulgad una doctrina totalmente ridícula e irreal que afecte todos los intereses mayores de la sociedad. ¡Nadie intentará molestarse en combatirla! Si esa concepción, por el contrario,

estuviese fundamentada sobre la lógica y el buen sentido, si reuniera entre sus adherentes a personas de inteligencia que fueran por ella impresionadas, todos cuantos viven bajo el amparo del orden vigente dirigirán contra ella sus más poderosas baterías. Tal es la historia del Espiritismo. Los que lo combaten con más encarnizamiento no lo hacen, en realidad, porque él constituya una idea falsa, pues -sería el caso de preguntar- ¿por qué dejan tantas otras ideas sin preocuparse de ellas? Es que el Espiritismo les inquieta y atemoriza. Además, no se teme a un mosquito, aunque muchas veces se haya visto a un mosquito tirar por tierra a un león.

Observad la sabiduría de la Providencia en todas las cosas: nunca una idea nueva, de cierta importancia, se presenta súbitamente con toda su fuerza. Ella crece gradualmente infiltrándose en los hábitos. Lo mismo ocurre con el Espiritismo, al cual podemos considerar, sin presunción alguna, como la idea capital del siglo diecinueve. Más adelante se podrá verificar si nos hemos engañado, a partir del inocente fenómeno de las mesas danzantes y parlantes. Fueron ellas *una criatura* con la cual jugaron hasta sus más implacables enemigos. Y, valiéndose de ese pasatiempo, ella penetró en todos los ambientes. Con todo, muy de prisa creció. Hoy es adulta y ocupó su *lugar en el mundo de la filosofía.* Ya no se juega con ella, la discuten y la combaten. Si fuese una mentira o una utopía, no habría salido de sus faldas.

V

Si la crítica no impidió el caminar al Espiritismo, ¿su progreso no habría sido aún más rápido si él hubiese pasado desapercibido?

Caminar más rápidamente de lo que el Espiritismo lo ha hecho, es muy difícil. Creo que, por el contrario, el silencio no lo habría auxiliado a progresar más y mejor, puesto que la crítica, con sus grandes tambores llamó la atención sobre él, beneficiándolo. Progresando, a pesar de los ataques, él probó sus propias fuerzas, dado que caminó apoyándose sobre sí mismo. El soldado que alcanza la posesión del reducto atravesando una lluvia de

proyectiles, ¿no tiene más mérito que aquel otro que el enemigo le brinda protección, dejándolo pasar? Con su oposición, los adversarios del Espiritismo le concedieron a éste el mérito de la lucha y la victoria.

VI

Existe algo que es más pernicioso para el Espiritismo que los ataques apasionados de sus adversarios. Son las publicaciones que los seudo adeptos hacen en su nombre. Algunas de ellas son realmente lamentables, puesto que ofrecen de la Doctrina Espírita una idea falsa y la exponen al ridículo. Es de preguntarse por qué Dios permite esas cosas y no esclarece a todos los hombres de la misma manera. ¿Podrá haber algún medio para remediar ese inconveniente que nos parece uno de los mayores escollos de la Doctrina?

Esta cuestión es muy grave y demanda algunas explicaciones. Yo diría, inicialmente, que no hay una sola idea nueva, en especial cuando ella se reviste de cierta importancia, que no halle obstáculos. El propio Cristianismo fue herido en la persona de su jefe-fundador, acusándoselo de impostor. Y sus primeros apóstoles, sus propagadores iniciales, ¿no se enfrentaron con detractores terribles? ¿Por qué, entonces, el Espiritismo sería un privilegiado en tal sentido?

En segundo término, observaría que esto que veis como un mal, en realidad es un bien. Para comprender este hecho es preciso mirar, no el presente, sino hacia el futuro. La humanidad padece muchos males que la corroen y que tienen su origen en el orgullo y el egoísmo. ¿Pensaréis curarla rápidamente? ¿Consideráis que esas pasiones que reinan soberanas sobre ella se dejarán destronar con facilidad? ¡No! Ellas ocultan la cabeza para morder a aquellos que vienen a perturbar su tranquilidad. Esta es, no lo dudéis, la causa de ciertas oposiciones. *La moral del Espiritismo no conviene a todas las gentes.* Es por ello que, no atreviéndose a atacar a ésta, atacan a su fuente.

El Espiritismo realizó, indudablemente, verdaderos milagros de reforma moral; pero suponer que esa transformación

pueda ser repentina y universal, sería desconocer a la humanidad. Entre los mismos espiritas existen aquellos que, como ya dije, sólo ven del Espiritismo lo superficial y no alcanzan a comprender su verdadera finalidad esencial. Sea por incapacidad de juzgamiento, sea por orgullo, de él aceptan lo que los lisonjea y rechazan lo que los humilla. No es de extrañarnos, pues, que algunos espiritas lo acepten de una manera parcializada. Eso puede ser desalentador en el presente, pero no tendrá mayores consecuencias en el futuro.

Preguntáis por qué Dios no impide las equivocaciones. ¡Preguntadle por qué no creó a los hombres perfectos en lugar de concederles el trabajo y el mérito de perfeccionarse; por qué no hizo a la criatura nacer adulta, esclarecida y dotada de raciocinio en vez de hacerla adquirir experiencia por medio *de* la vivencia; por qué *el* árbol sólo alcanza su desarrollo después de largos años de crecimiento y el fruto su madurez cuando es llegada la estación propicia! ¡Preguntadle por qué el Cristianismo, que es su ley y su obra, sufrió tantas fluctuaciones desde su nacimiento; por qué ha permitido que los hombres se sirvan de su nombre sagrado para cometer tantos abusos, tantas injusticias y tantos crímenes! Nada se hace en forma súbita en la Naturaleza, todo marcha gradualmente, conforme a las leyes inmutables del Creador, y esas leyes conducen indefectiblemente hacia el objetivo que Él fijó.

Ahora bien, la humanidad *en la Tierra* es aún joven, a pesar de la pretensión de sus doctos. El Espiritismo, también él, apenas acaba de nacer. Él, como veis, crece rápidamente y disfruta de una excelente salud. No obstante, es preciso darle el tiempo necesario para alcanzar la edad viril. Ya os dije que los embates que sufre, y que vosotros lamentáis, tienen su lado bueno. Son los mismos Espíritus quienes nos vienen a explicar esa cuestión. Seguidamente trascribimos un pasaje de cierta comunicación que se refirió a este respecto:

"Los espíritas esclarecidos deben felicitarse por el hecho de que las ideas falsas y contradictorias se hayan manifestado en este período inicial, puesto que al ser combatidas se desgastan y se destruyen durante el curso de la infancia del Espiritismo. Una vez purgado de cuanto haya de indeseable, él fulgurará con un brillo más vivo y marchará con un paso más firme hasta que haya alcan-

zado su pleno desarrollo".

A esa juiciosa apreciación agrego: es así como un niño está sujeto a los aconteceres propios de la infancia hasta que todo se equilibra. Pero, para evaluar el efecto de esas disidencias y contradicciones, basta con observar cómo ellas se producen. ¿En qué se apoyan? En opiniones individuales que pueden reunir a algunas personas, puesto que no hay idea, por más absurda que sea, que no encuentre adherentes. Como se sabe, se juzga su valor por la preponderancia que ella adquiere. Pues bien, ¿dónde veis esas ideas, de las que hablarnos, que tengan la capacidad de atraer e interesar conquistando simpatías? ¿Dónde se constituyen en escuela, amenazando, por el número de adherentes, la bandera que adoptasteis? ¡En ninguna parte! Por el contrario, las ideas divergentes asisten a la evasión constante de sus propulsores, quienes parten para adherir a la unidad que se constituye en ley para la inmensa mayoría, si no lo es para la totalidad. De todas las teorías que aparecieron relacionadas con el origen de las manifestaciones, ¿cuántas permanecen en pie? Entre esas teorías hay una que en cierta ciudad adquirió, años atrás, grandes proporciones. Decidme, ¿cuántos son sus adherentes en la actualidad? ¿No creéis que si fuese verdadera se habría divulgado y crecido con fuerza? En semejante caso, la constatación del número es un índice que no nos puede engañar. En cuanto a mí, yo os declaro que, si la Doctrina de la cual me hice propagador fuese rechazada por unanimidad; si en lugar de crecer yo la hubiese visto declinar; si una teoría más racional hubiese conquistado un mayor número de simpatizantes, demostrando con ello, en forma concluyente, el error del Espiritismo, yo vería como una orgullosa puerilidad mantenerme a la cabeza de una idea falsa, puesto que, por sobre todo, la verdad no puede ser una cuestión de orden personal ni de amor propio. Ante esa realidad yo sería el primero en decir: "¡Hermano, esta es la luz, seguidla; os ofrezco mi propio ejemplo!"

Por otro lado, el error lleva consigo, y casi siempre, su propio remedio. Su reinado, además, tampoco es eterno. Tarde o temprano, enceguecido por unos pocos y efímeros acontecimientos es víctima de una especie de vértigo y cae ante el peso de sus aberraciones, que precipitan su caída. Deploráis las excentricidades de ciertos escritos publicados en nombre del Espiritismo. Por el contrario, debéis bendecirlos, pues por esos excesos es que el error

se pierde. ¿Qué es lo que os choca en esos escritos? ¿Qué es lo que ocasiona vuestro rechazo de ellos y os impide, muchas veces, el seguir leyéndolos hasta el fin? Verdaderamente, ¡lo que hiere violentamente es vuestro buen sentido! Si la falsedad de las ideas no fuese lo suficientemente evidente, lo bastante chocante, tal vez os dejaríais conquistar por ellas, mientras que los errores tan manifiestos os hirieron constituyéndose en contravenenos.

Esos errores provienen casi siempre de Espíritus livianos, cismáticos o seudo sabios que se complacen de ver editadas sus fantasías y utopías, valiéndose para ello de la colaboración de hombres a quienes consiguieron confundir, hasta el punto de hacerlos aceptar a ojos cerrados todo cuanto les sugirieron, brindándoles algunos pocos granos de buena calidad en medio de mucha hierba mala. Mas, como esos Espíritus no tienen ni la verdadera cultura ni la verdadera sabiduría, no consiguen conservarse por mucho tiempo en su papel, traicionándolos su ignorancia. Dios permite que dejen traslucir en sus comunicaciones errores tan groseros, cosas tan absurdas y hasta ridículas, ideas en las cuales las nociones científicas más comunes son demostradas con tal falsedad que, simultáneamente, destruyen todo el compendio general del libro que las encierra.

¡Sin duda alguna, es de desear que sólo fuesen publicados buenos libros! Pero, aunque suceden cosas contrarias a esto, es preciso que no temáis respecto al futuro por la influencia de dichas obras. Ellas pueden, momentáneamente, encender un fuego de paja, pero cuando no se apoyan en una lógica rigurosa, observadlas después del transcurso de algunos años -muchas veces de algunos meses- a qué han sido reducidas. Para tales casos las librerías son un termómetro infalible.

Esto me lleva a decir algunas palabras sobre las comunicaciones mediúmnicas.

La publicación de ellas tanto puede ser útil, si es hecha con discernimiento, como perniciosa, si no se ajusta a ese requisito. Entre esas comunicaciones habrá algunas que, por buenas que sean, no interesarán más que a aquellos que las reciben, pues los extraños podrán considerarlas simples trivialidades. Otras tendrán

solamente el interés de las circunstancias en que fuesen trasmitidas. Sin el conocimiento de los hechos con los que están relacionadas, a los ojos del observador parecerán insignificantes. Pero ese inconveniente estaría limitado al exclusivo interés de los editores. Con todo, junto a ellas existen algunas que son evidentemente nocivas, tanto por su forma como por su contenido, las cuales, firmadas por nombres respetables, naturalmente apócrifos, revelan un sentido absurdo o trivial que, lógicamente, se prestan al ridículo y ofrecen armas a la crítica. Todo eso se convierte en cosa peor aún cuando con esos mismos nombres se formulan teorías excéntricas o groseras formulaciones seudo científicas. No habría ningún inconveniente en publicar ese tipo de comunicaciones si ellas fuesen acompañadas de comentarios, ya sea para refutar los errores Q bien para recordar que constituyen la expresión de una opinión personal de la cual no se asume ninguna responsabilidad. Así, tal vez revelasen un algo de instructivas, poniendo al descubierto las aberrantes ideas que divulgan ciertos Espíritus. Pero publicarlas porque sí, presentándolas como expresión de la verdad y certificando la autenticidad de los firmantes, ¡es algo que el buen sentido no puede admitir, y en ello radica el principal inconveniente!

Dado que los Espíritus poseen el libre albedrío y una opinión sobre los hombres y las cosas, es preciso comprender que la prudencia y la conveniencia aconsejan alejar esos peligros. En beneficio de la misma Doctrina conviene, pues, hacer una selección muy severa en semejantes casos y poner de lado, con mucho cuidado, todo cuanto pueda ser motivo de una desfavorable impresión. Es así como el médium, conformándose a esta regla, podrá ofrecer una compilación instructiva capaz de atraer la atención y ser leída con interés; pero es también así que, publicando todo cuanto recibe, sin método ni discernimiento, será capaz de presentar muchos volúmenes detestables cuyo inconveniente menor será el de que no sean leídos.

Es preciso que se sepa que el Espiritismo serio se constituye en defensor, con alegría y firmeza, de toda obra elaborada con criterio, cualquiera sea el país de origen; pero que, igualmente, repudia todas las publicaciones excéntricas. Todos los espíritas que con sinceridad vigilan que la Doctrina no sea comprometida deben,

pues, denunciarlas sin ninguna duda, tanto más porque, si algunas de ellas son producto de la buena fe, otras, en cambio, constituyen el trabajo de los mismos enemigos del Espiritismo que procuran desacreditarlo y motivar acusaciones contra él. Por eso, repito, es necesario que sepamos distinguir aquello que la Doctrina Espírita acepta de aquello que ella rechaza.

VII

Considerando las sabias enseñanzas que brindan los Espíritus y el gran número de personas que son conducidas a Dios a través de sus consejos, ¿cómo es posible acreditar en que todo eso sea obra del demonio?

El demonio, en este caso, se manifiesta completamente desacertado, puesto que le sería mucho más fácil dominar a aquellos que no creen en Dios, ni en la existencia del alma, ni en la vida futura, y contra los cuales podría lograr, consecuentemente, todo cuanto se le ocurriese. Aunque bautizado, ¿quién puede estar más distante de la Iglesia que aquel que en nada cree? El demonio no necesita, pues, recurrir a ningún medio para atraerlo, y sería una locura de parte de él si con sus propios recursos lo aproximase a Dios, a la oración y a todas las convicciones que pueden apartar a alguien de la práctica del mal, y esto por el simple placer de recapturarlo luego. Esta doctrina ofrece una triste idea del diablo, representado siempre como tan hábil, convirtiéndolo, en realidad, en algo poco temible. El hombre de la fábula *El pececillo y el pescador,* nos recuerda el sentido común a aplicar en estos casos [3]. ¿Qué se diría de alguien que, teniendo un pájaro aprisionado en una jaula lo soltase con la intención de prenderlo nuevamente?

Pero tenemos una argumentación todavía más seria. Si sólo el demonio se puede manifestar, él lo hace con o sin el permiso de Dios. Si lo hace sin ese permiso, él es más poderoso que Dios. Si cuenta con el permiso, esto significa que Dios no es bueno, puesto que otorga al Espíritu del mal, con exclusión de los demás, el poder de seducir a los hombres sin conceder a los Espíritus buenos, además, la oportunidad de combatir la mala influencia de aquél. Éste no sería ni un acto de bondad ni de justicia. Y la cosa sería aún peor si, de acuerdo con la opinión de ciertas personas, la suerte

de los hombres estuviese fijada irrevocablemente después de la muerte, pues entonces Dios precipitaría intencionadamente y con conocimiento de causa a sus criaturas hacia los tormentos eternos, permitiendo que se les preparasen celadas. Ahora bien, Dios sólo puede ser concebido en la infinitud de sus atributos: limitar o disminuir uno solo de ellos sería su negación, dado que eso implicaría la posibilidad de un ser más perfecto. Esta doctrina, pues, se refuta ella misma. Por otro lado, cuenta con muy poco crédito para merecer cualquier consideración, incluso entre los indiferentes. Muy rápidamente ha de ser olvidada, y quienes la preconizan la han de abandonar espontáneamente cuando verifiquen que ella es la causante de más daños que beneficios.

VIII

¿Qué pensar de la prohibición impuesta por Moisés a los hebreos en el sentido de no evocar a las almas de los muertos? ¿Qué interpretación podríamos extraer del hecho relacionado con las evocaciones actuales?

La primera consecuencia a extraerse de esa prohibición es de que es posible evocar a las almas de los muertos y establecer relaciones con ellas. La prohibición de hacer una cosa implica la posibilidad de realizarla. Por ejemplo, ¿sería congruente el que se decretara una ley prohibiendo que subamos hasta las estrellas?

Es realmente curioso ver a los enemigos del Espiritismo recurrir al pasado para lograr sus objetivos y repudiar ese mismo pasado en todas las oportunidades en que él no les conviene. Si invocan la legislación de Moisés en esta circunstancia, ¿por qué no reclaman su aplicación de un modo integral? Dudo, sin embargo, que alguno de ellos esté tentado de revivir el código mosaico, sobre todo el penal, de neto corte draconiano y pródigo en penas de muerte. ¿Se podría haber dado entonces que -según ellos entendían- Moisés haya procedido correctamente en ciertas circunstancias y equivocadamente en otras? Pero, en tal caso, ¿por qué estaría acertado en lo concerniente a las evocaciones? Es que -alegan- Moisés hizo leyes apropiadas a su tiempo y al pueblo ignorante e indócil que conducía. Y esas leyes, saludables en aquel tiempo, ya no se encuadran dentro de nuestras costumbres y de nuestra cultura. Pues bien, esto mismo es precisamente lo que

decimos con relación a la prohibición de evocar a los Espíritus. Por otra parte, ese hecho es explicable en su época, como podemos demostrar.

Los hebreos se lamentaban vivamente en el desierto por la pérdida de las delicias de Egipto, y esa fue la causa de las sublevaciones incesantes que Moisés, en ciertas ocasiones, no pudo reprimir sin recurrir al exterminio. De ahí la excesiva severidad de las leyes. En medio de ese estado de cosas, se obstinaba él por conseguir que su pueblo rompiese con los usos y las costumbres que le hiciesen recordar a Egipto. Pues bien, una de las prácticas que los hebreos conservaban de aquel país era la de las evocaciones, que en él se remontaba a tiempos inmemoriales. Y eso no es todo. Ese uso, que parecía ser bien comprendido y sabiamente practicado en la intimidad por un pequeño número de iniciados en los misterios, degeneró en abusos y cundió como superstición entre el pueblo, que en él veía sólo un arte de adivinación explotado por los charlatanes, como hoy en día lo hacen los decidores de la suerte. El pueblo hebreo, ignorante y grosero, lo adquirió bajo ese aspecto denigrante. Prohibiéndolo, Moisés realizó un acto de buena política y sabiduría. Hoy en día las cosas ya no son de igual manera, y lo que podía ser otrora un inconveniente ya no lo es en el estado actual de la sociedad. También nos levantamos nosotros contra el abuso que se pueda hacer de las relaciones con el Más Allá y afirmamos que ello es un sacrilegio, no por el hecho de establecer relaciones con las almas de los que han partido, sino por hacerlo con liviandad, de una manera irreverente o por simple especulación. Esta es la razón por la que el verdadero Espiritismo repudia todo cuanto pueda quitar a tales relaciones su carácter grave y religioso, puesto que ello sería una verdadera profanación. Además, si las almas se pueden manifestar, ellas lo hacen con el permiso de Dios, y no puede existir mal alguno en lo que sucede con el permiso de Dios. El mal, en ésta como en otras cosas, está en el abuso y en el mal empleo.

IX

¿Cómo podemos explicarnos este pasaje del Evangelio: "Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán

grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos"? *Los detractores utilizan este pasaje como arma contra los espíritas y los médiums.*

Si fuésemos a tomar de los Evangelios todos los pasajes que se constituyen en la condena de los adversarios del Espiritismo, con ellos conformaríamos un volumen. Por consiguiente, es imprudente, por lo menos, quien levanta una cuestión que le puede caer sobre la cabeza, sobre todo cuando todas las ventajas están de lado del Espiritismo.

Para comenzar, diremos que ni los espíritas ni los médiums se hacen pasar por Cristo o por profetas. Por el contrario, manifiestan siempre que no pueden hacer milagros que impresionen los sentidos y que todos los fenómenos tangibles que se producen por su intermedio son efectos que están dentro de las leyes de la Naturaleza, y eso no tiene ningún carácter de milagro. Así pues, si quisiesen sacar partido de los privilegios de los profetas no pondrían empeño en despojarse del más poderoso prestigio: el don de hacer milagros. Ofreciendo la explicación de esos fenómenos que, sin ella, podrían ser considerados sobrenaturales por la multitud, cortan por la raíz la falsa ambición que en su provecho podrían explotar.

Suponiendo que un hombre se atribuya la condición de profeta, no dará prueba de ello haciendo lo que hacen los médiums. Y si así fuera, ningún espírita esclarecido se dejará engañar. El médium Home, por ejemplo, si fuese un charlatán y un ambicioso podría darse aires de enviado celeste. Pero, ¿cuál es, en realidad, la característica de un profeta? El verdadero profeta es un enviado de Dios para advertir y esclarecer a la humanidad. Pues bien, un enviado de Dios sólo puede ser un Espíritu superior y, como hombre, un hombre de bien. Será reconocido por sus actos, los que tendrán impreso el sello de su superioridad, y por las notables realizaciones que llevará a cabo *por el bien y para el bien,* las cuales revelarán su misión, sobre todo a las generaciones futuras, puesto que, conducido muchas veces inconscientemente por una fuerza superior, él pasa, generalmente, ignorando su condición de

tal. No es él, pues, quien se atribuye esa cualidad, sino los hombres que lo reconocerán así, las más de las veces después de su muerte.

Por tanto, si un hombre quisiera hacerse pasar por la encarnación de tal o cual profeta, él deberá dar una prueba superlativa de sus cualidades morales, las que no han de ser, como mínimo, inferiores a las de aquel cuyo nombre se atribuye. Ahora bien, tal papel no *es* fácil de *ser* protagonizado, y, casi siempre, se revela poco agradable, dado que suele imponer penosas privaciones y duros sacrificios que a veces llegan hasta el de la propia vida. Hay en este momento diseminados por el mundo varios supuestos Elías, jeremías, Ezequiel y otros que, con todo, difícilmente se allanarían a la vida en el desierto, al tiempo que consideran muy cómodo vivir a expensas de sus ingenuas víctimas, merced a la autoridad del nombre que explotan. Hay también varios Cristo, como hay otros tantos Luís XVII, a los cuales sólo les falta caridad, abnegación, humildad, superioridad moral, en una palabra, todas las virtudes de Cristo. Si, como Él, no tuviesen donde reposar la cabeza y sí, como única perspectiva, el suplicio en una cruz, muy rápidamente abdicarían a una realeza que es tan poco lucrativa en este mundo. Por la obra se reconoce al obrero. Aquellos que se quieren colocar por encima de la humanidad deben mostrarse dignos de ello, si es que no quieren tener el destino del gallo que se adornó con las plumas del pavo real o del asno que se vistió con la piel del león. Una caída humillante les espera en este mundo y un disgusto mayor y más terrible en el otro, pues es allí en donde el que se elevó será humillado.

Sin embargo, suponiendo que un hombre dotado de una gran fuerza mediúmnica o magnética quisiera atribuirse el título de profeta o de Cristo e hiciera *grandes señales y prodigios, de tal manera que engañara, si fuere posible, aun a los escogidos,* esto es, a algunos hombres buenos y de buena fe, él podría tener a su favor las apariencias, ¿mas tendría también las virtudes?

Y las virtudes son la parte esencial.

El Espiritismo también advierte: ¡Precaveos de los falsos profetas y tomaos la tarea de arrancarles la máscara!

El Espiritismo, por tanto, repudia todo tipo de mixtificación y no brinda su aprobación a ningún abuso que se cometa en su nombre.

X

Sobre la formación de grupos y sociedades espiritas.

En varías localidades me solicitaron consejos para la formación de grupos espíritas. Tengo poco que decir a este respecto, además de lo que ya está contenido como instrucción en *El Libro de los Médiums.* Agregaré apenas unas pocas palabras.

La primera condición es, sin duda, constituir un núcleo de personas serias, por más limitado que sea su número. Cinco o seis personas, si son esclarecidas, sinceras e imbuidas por las verdades de la Doctrina y unidas por la misma intención, valen cien veces más que una multitud de curiosos o indiferentes. Seguidamente, sus miembros fundadores deben redactar un reglamento que se convertirá en ley para todos los adherentes.

Ese reglamento será muy simple, pues apenas deberá contener los puntos que tiendan a mantener la disciplina interior, dado que solamente las sociedades numerosas y regularmente constituidas son las que establecerán en forma específica las particularidades. Cada grupo, pues, puede confeccionar ese reglamento como lo desee. No obstante, a los efectos de brindar una facilidad y lograr coherencia al mismo, en las últimas páginas de esta obra ofrezco un modelo que podrá ser modificado conforme a las circunstancias y las necesidades propias de cada grupo. En todo, el objetivo fundamental que se persiga debe ser el recogimiento, la conservación del orden más perfecto y la exclusión de toda persona que no esté animada de intenciones serias o pueda constituirse en motivo de perturbación. Esa es la razón de la severidad que deberá ser prescripta a los nuevos miembros a ser admitidos en el futuro. No creáis que esa severidad pueda ser nociva a la propagación del Espiritismo. (Muy por el contrario) Las

reuniones serias son las que hacen más prosélitos. Las reuniones frívolas, que son conducidas sin ningún orden ni dignidad, y en las cuales el primer curioso que se presenta puede manifestar sus humoradas, no inspiran ni atención ni respeto y de ellas los incrédulos salen menos convencidos que al entrar. Estas reuniones son la alegría de los enemigos del Espiritismo; en cambio las otras son su preocupación, y yo conozco gente que todo lo daría por ver multiplicadas las primeras y desaparecidas la totalidad de las demás. Felizmente es lo contrario lo que ocurre. Es preciso tener en cuenta, además, que el deseo de ser admitido en las reuniones serias aumenta en razón de las dificultades mencionadas. En cuanto a la difusión doctrinaria, ella no se procesa en la medida de la admisión de los asistentes -quienes, por lo general, no se convencen en una o dos sesiones- sino por el estudio previo y por la conducta de los miembros fuera de las reuniones.

Excluir a las mujeres de las reuniones sería menoscabar su capacidad de juzgamiento que, la verdad sea dicha, sin intención de lisonja, muchas veces lleva ventaja sobre la de muchos hombres, entre los cuales incluiríamos hasta ciertos críticos intelectualizados. La presencia de señoras exige una observación más rigurosa de las costumbres de urbanidad y modifica una cierta displicencia común en las reuniones exclusivas de los hombres. Por lo demás, ¿por qué habríamos de privarlas de la influencia moralizadora del Espiritismo? La mujer sinceramente espírita podrá ser una buena esposa, una buena hija, una buena madre. Por exigencia de su propia condición ella tiene, muchas veces, más necesidad de las sublimes consolaciones del Espiritismo, las que la convertirán más fuerte y resignada frente a las pruebas de la vida. Por otra parte, ¿no se sabe que los Espíritus sólo tienen sexo al encarnar? Si la igualdad de los derechos de la mujer y del hombre debe ser reconocida, con mayor razón ella debe ser respetada entre los espíritas, pues es certero afirmar que la propagación del Espiritismo apresurará inevitablemente la abolición de los privilegios que el hombre se autoconcedió por el solo hecho de más fuerte. El advenimiento del Espiritismo ha de señalar la era de la emancipación legal de la mujer.

Tampoco debéis recelar de la admisión de los jóvenes. La gravedad de la asamblea espírita beneficiará sus caracteres. Ellos se tornarán más serios y, en el momento propicio, mediante la enseñanza de los buenos Espíritus, podrán adquirir la fe viva en

Dios y en el futuro, el sentimiento de los deberes de familia que los llevará a ser más dulces y respetuosos, a la vez que atemperará la efervescencia de sus pasiones.

En cuanto a las formalidades legales, no existe en Francia establecida ninguna, siempre que las reuniones no se realicen con más de veinte personas. Las reuniones regulares y periódicas que cuenten con un número mayor al señalado deben ser autorizadas, y ello a pesar de la tolerancia -que no puede ser tenida por un derecho- que la mayoría de los grupos espiritas goza en razón de su carácter pacífico, exclusivamente moral y, por sobre todo, teniéndose en cuenta que no constituyen asociaciones mediante el nucleamiento de afiliados. No obstante, en cualquier circunstancia los espiritas deben ser los primeros en dar el ejemplo de sumisión a las leyes, cumplimentándolas cuando ello corresponda.

Hace algún tiempo se vienen constituyendo algunos grupos que tienen un especial carácter y cuya multiplicación entusiasta queremos destacar. Son los denominados *grupos de enseñanza.* Ellos se ocupan poco o nada de las manifestaciones. Todo su interés se vuelca a la lectura y la explicación de *El Libro de los Espíritus, El Libro de los Médiums y* de artículos de la *Revista Espírita.* Algunas personas animosas reúnen con ese objetivo a un cierto número de oyentes con el fin de evitarles las dificultades de la lectura o del estudio en aislamiento. Aplaudimos de todo corazón esa iniciativa que, confiamos, ha de contar con imitadores que ayuden a desarrollar y producir los mejores resultados. Para esa actividad no se tiene necesidad de ser orador o profesor, pues se trata de una lectura, como en familia, seguida de explicaciones sin pretensiones desde el punto de vista de la elocuencia, pero que están al alcance de todas las gentes.

Sin hacer de ello una norma obligatoria, muchos grupos tienen por hábito iniciar las sesiones con la lectura de algunos pasajes de *El Libro de los Espíritus o de El Libro de los Médiums.* Seríamos muy felices de ver esa práctica adoptada por la generalidad, dado que ella tiene por objetivo el despertar la atención por los principios que podrían ser mal comprendidos o pasar desapercibidos. En tales casos es beneficioso que los dirigentes o los presidentes de los grupos preparen con anticipación los pasajes que han de constituir el tema de la lectura, a fin de armonizar esa selección con las circunstancias.

No debe causar extrañeza o incomprensión que yo indique esas obras como básicas para el estudio, una vez que son las únicas en que la Ciencia Espírita se encuentra analizada en todas sus facetas y de una forma metódica. Con todo, habría de juzgar mal quien me supusiese exclusivo al punto de rechazar otras obras, entre las cuales muchas merecen la simpatía de los buenos Espíritus. Por lo demás, en un estudio integral es preciso examinar todo, aun aquello que es malo. Considero muy interesante también la lectura de las críticas, para de ellas resaltar el vacío y la ausencia de lógica: en ellas jamás se encuentra una afirmación capaz de conmover la fe de un espírita sincero; por el contrario, la fortalecen, dado que muchas veces ya la hicieron nacer en el corazón de los incrédulos que se dieron al trabajo de compararlas. Lo mismo se puede decir de ciertas obras que, si bien fueron escritas con una finalidad noble, no por eso dejan de contener errores manifiestos o excentricidades que es necesario poner al descubierto.

Existe otro hábito cuya adopción nos parece extremadamente útil: es el de que cada grupo recoja y pase en limpio las comunicaciones recibidas con el fin de recurrir a ellas en caso de necesidad. Los Espíritus que ven sus enseñanzas relegadas al olvido se decepcionan, por lo que en breve lapso abandonan al grupo. Es también muy útil que se haga una selección especial, bien redactada y clara, de las comunicaciones más bellas e instructivas, releyendo algunas de ellas en cada sesión con el fin de sacarles mayor provecho.

XI

Sobre el uso de prácticas exteriores de culto en los grupos.

Con suma frecuencia me ha sido preguntado si es conveniente comenzar las sesiones con oraciones y ceremonias de tipo religioso. La respuesta no es sólo mía, sino también de los Espíritus que trataron este tema.

Sin ninguna duda, no es sólo conveniente, sino, además, necesario rogar por medio de una invocación especial, una especie de oración o plegaria, el concurso de los buenos Espíritus. Esa práctica predispone al recogimiento, lo cual es una condición especial de toda reunión seria. Lo mismo no sucede en cuanto a las prácticas exteriores de culto, por medio de las que ciertos grupos consideran un deber abrir sus sesiones, pero que tienen más de un

inconveniente, a pesar de la buena intención con que son realizadas.

Todo en las reuniones espíritas debe suceder religiosamente, esto es, con gravedad, respeto y recogimiento. Pero es preciso no olvidar que el Espiritismo se dirige a todos los cultos. Por consiguiente, él no debe adoptar las formalidades de ninguno en particular. Sus enemigos ya fueron muy lejos en su intención de presentarlo como una secta nueva, buscando con ello un pretexto para combatirlo. Es preciso, pues, no fortalecer esa opinión con el empleo de rituales, de los que aquéllos no dejarían de sacar partido diciendo que las asambleas espíritas son reuniones de protestantes, cismáticos, etcétera. Por lo demás, sería una liviandad suponer que esas fórmulas tiendan a reconciliar a ciertos antagonistas. El Espiritismo, formulando un llamado a los hombres de todas las creencias para unirlos bajo la égida de la caridad y de la fraternidad, así como acostumbrándolos a mirarse como hermanos, cualquiera sea su manera de adorar a Dios, no debe herir la convicción de nadie con el empleo de prácticas o ceremonias rituales de ningún culto.

Son pocas las reuniones espíritas, por reducidos que sean los grupos, que no cuenten, sobre todo en Francia, con miembros o asistentes pertenecientes a distintas religiones. Si el Espiritismo se colocara abiertamente del lado de una de ellas, alejaría a las demás. Ahora bien, como hay espíritas en todas, asistiríamos a la formación de grupos católicos, judíos o protestantes que perpetuarían el antagonismo religioso, que es misión del Espiritismo abolir.

Esta es, además, una de las razones por la cual es conveniente abstenerse de discutir en las reuniones sobre dogmas particulares, pues ello, sin ninguna duda, afectaría a ciertas conciencias. En cambio, las cuestiones morales competen a todas las religiones y a todos los países. El Espiritismo es un terreno neutro en el cual todas las opiniones religiosas se pueden encontrar y estrechar las manos. En cambio, la controversia podría originar la desunión. No olvidéis que la desunión es uno de los medios a través del cual los enemigos del Espiritismo intentan atacarlo. Y es con ese fin que ellos inducen a ciertos grupos a ocuparse de cuestiones irritantes o comprometedoras con el pretexto astuto de que no se debe ocultar la luz. ¡No os dejéis atrapar por esa trampa!

Los dirigentes de grupos deben ser firmes en rechazar todas las sugerencias de este género, si es que no quieren ser cómplices de esas turbias maquinaciones.

El empleo del aparato exterior del culto tendría idéntico resultado: el cisma entre los adeptos. Unos opinarían que no son lo suficientemente empleados, al paso que otros dirían que lo son con exceso. Para evitar ese inconveniente tan grave, aconsejamos la abstención de cualquier plegaria litúrgica, sin excepción, incluso la de la Oración Dominical, por más bella que sea. Como para formar parte de un grupo espírita no se exige a nadie abjurar de su religión, permítase que cada uno haga mentalmente la oración que más le plazca y juzgue acertada. Lo importante es que no haya nada de ostensivo y, en especial, nada de oficial. Lo mismo se puede decir con relación a la señal de la cruz, al hábito de ponerse de rodillas, etcétera ... Sin esta línea de conducta neutra no se podría impedir, por ejemplo, que un musulmán, integrante de un grupo espírita, se prosternara y colocara el rostro contra la tierra, recitando en voz alta la fórmula sacramental: "¡Sólo hay un Dios y Mahoma es su profeta!"

Ese inconveniente no existe cuando las oraciones son realizadas por cualquier persona, en forma independiente a todo culto particular. Después de lo manifestado, creo innecesario destacar lo ridículo que quedaría hacer repetir a coro a toda una asamblea una plegaria o fórmula cualquiera, como ya alguien me informó haber visto.

Por otra parte, debe quedar bien entendido que lo expresado no se aplica sino a los grupos y sociedades integrados por personas extrañas unas a las otras, y no a las reuniones íntimas de las familias, en las cuales, naturalmente, cada persona es libre de actuar como lo entiende más acertado, dado que en esos ambientes no se corre el riesgo de ofender las ideas de nadie.

PROYECTO DE REGLAMENTO
Para uso de Grupos y pequeñas Sociedades Espíritas

Propuesto por la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas con miras a mantener la unidad de principios y de acción

Los abajo firmantes, habiendo resuelto constituir un grupo o sociedad espírita en la ciudad de... , bajo el epígrafe de grupo o sociedad espírita..., acordaron las disposiciones que seguidamente se detallan, las que deberán ser aceptadas, como condición previa, por toda persona une de ella quisiera formar parte.

1. El objetivo de la sociedad es el estudio de la Doctrina Espírita, principalmente en lo que se refiere a su aplicación moral y al conocimiento del Mundo Invisible.

2. La sociedad declara adherir a los principios formulados en *El Libro de los Espíritus y El Libro de los Médiums.*

Ella se coloca bajo la protección del Espíritu..., a quien elige como su guía y presidente espiritual, y adopta por divisa:

FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN. FUERA DE LA CARIDAD NO HAY VERDADERO ESPIRITA.

3. a) El número de miembros titulares de la sociedad se fija en... (o es ilimitado).

b) Para ser admitido como miembro de la sociedad, el candidato necesitará haber dado pruebas suficientes de conocimiento del Espiritismo y de su simpatía para con sus principios.

c) La sociedad determinará la naturaleza y el grado de las pruebas y las garantías une sean ofrecidas, así como la forma de presentación y admisión.

ch) Toda persona que reúna las condiciones exigidas podrá ser admitida sin distinción de culto o nacionalidad.

d) La sociedad podrá excluir a quien se convirtiere en elemento de perturbación en el seno de las reuniones, cualquiera fuese la causa, ocasionando pérdida de tiempo en discusiones inútiles.

e) Se llevará un fichero con los datos personales de todos los miembros, su domicilio, profesión y fecha de admisión.

4. Todos los miembros se deberán recíproca benevolencia y cortesía, y en toda circunstancia colocarán el interés general por encima de las cuestiones de carácter personal o de amor propio y procederán, unos para con los otros, según los principios de la caridad.

5. a) Cuando el grupo sea considerado muy numeroso o las circunstancias lo aconsejen, el mismo podrá fraccionarse en otros menores, conforme a las necesidades locales.

b) Los diversos grupos o sociedades de una misma ciudad, constituidos espontáneamente o nacidos de un núcleo común, a la vez que guiándose por los mismos principios y trabajando con un mismo fin, deberán mantener y consolidar mutuamente los lazos de simpatía y fraternidad y, por consecuencia, evitar todo motivo de desinteligencia.

NOTA: En caso de disidencia, aquel que considerara estar con la razón deberá demostrarlo con un espíritu de mayor caridad y benevolencia. El sector equivocado será, evidentemente, aquel que denigrare al otro arrojándole piedras.

6. a) La sociedad se reunirá los días... a las... horas. Será presidida por quien fuese designado y por el tiempo que se establezca.

b) Las sesiones de los días ... serán reservadas exclusivamente para los miembros de la sociedad, salvo alguna excepción especial.

c) En las demás sesiones podrán ser admitidos asistentes extraños, si eso se considerase oportuno. La admisión de visitantes estará subordinada a las condiciones que la sociedad fije

expresamente. No obstante, ella rechazará en forma absoluta a cualquier persona que haya sido atraída por simple curiosidad y no tuviere ninguna noción previa de la Doctrina Espírita.

7. Los visitantes o asistentes extraños deberán ser presentados por uno de los miembros del grupo, el que se responsabilizará de ellos. Toda persona desconocida que se negara a identificarse, le será negada la entrada.

Las sesiones nunca deberán ser públicas. Esto significa que en ningún caso las puertas estarán abiertas para todo el que se allegue.

8. Considerando que el Espiritismo persigue la unión fraterna de todas las sectas bajo la bandera de la verdad, y que la sociedad admitirá miembros o visitantes sin distinción de creencia, quedan terminantemente prohibidas en las reuniones la exteriorización de plegarias o todo tipo de práctica litúrgica que corresponda a un determinado culto, pudiendo hacer cada uno, en su íntimo, lo que su conciencia le pueda prescribir.

NOTA: Todo en las sesiones debe ser hecho religiosamente, pero nada deberá tener una característica propia de las reuniones de las sectas religiosas.

9. Durante el desarrollo de las sesiones el orden de los trabajos se cumplirá de la manera como a continuación se detalla, salvo las excepciones que aconsejen las circunstancias.

10. Todas las comunicaciones que se reciban en la sociedad serán de su propiedad, y de ellas podrá disponer. Serán transcriptas y conservadas a efectos de su consulta, conforme a las necesidades. Los médiums, a través de los cuales ellas fueran recibidas, podrán guardar de las mismas una copia.

Se organizará una colección de las comunicaciones más instructivas, cuidadosamente copiadas en un libro especial para tal fin, la que constituirá una especie de guía o agenda moral de la sociedad, cuya lectura se realizará periódicamente.

11. El presidente deberá evitar la lectura de toda comunicación que tratare temas de los que la sociedad no se ocupa.

12. a) El silencio y el recogimiento más riguroso deberán ser observados durante las sesiones. Quedan prohibidas las discusiones fútiles y de interés personal, así como las que busquen satisfacer la curiosidad y sean hechas con la intención de someter a los Espíritus a una prueba, como también aquellas que no tengan una finalidad instructiva.

b) Quedan igualmente prohibidas las discusiones que desbordaran los objetivos de la sociedad, así como la presentación de cuestiones extrañas a su finalidad.

c) Las personas que desearen hacer uso de la palabra deberán solicitar la autorización previa al presidente.

13. La sociedad, si lo considerara provechoso, podrá dedicar sesiones especiales destinadas a la instrucción de personas novicias en Espiritismo, ya sea a través de explicaciones verbales o bien por la lectura metódica y regular de una secuencia de obras. Solamente en ellas se admitirán a personas animadas de un deseo serio de instruirse, para lo cual deberán solicitar su inscripción. A esas sesiones, aun en mayor medida que las otras, no tendrán libre acceso ni los desconocidos ni el primero que quisiera entrar.

14. Toda publicación concerniente al Espiritismo que edite la sociedad deberá ser examinada con el mayor cuidado, a los fines de eliminar de ella todo cuanto pueda ser inconveniente y producir un mal resultado. Los miembros se comprometerán a nada publicar sobre materia doctrinaria sin la aprobación del núcleo.

15. La sociedad invita a todos los médiums que quieran brindarle su concurso a no molestarse con las observaciones o críticas que, eventualmente, pudieran hacerse con relación a las comunicaciones por ellos obtenidas. Ella prefiere prescindir de la colaboración de quienes aceptaran la infalibilidad y la identidad absoluta de los Espíritus que por ellos se manifestaren.

16. Los gastos que hubiere en la sociedad serán cubiertos por una cotización cuya cifra será establecida por ella misma, así como la forma de hacerse los pagos. En tal caso la sociedad designará un tesorero.

Queda expresamente establecido que esa cotización correrá por cuenta exclusiva de los miembros propiamente dichos de la sociedad y que, en ningún caso y bajo ningún pretexto, será exigida o solicitada en carácter de retribución a los invitados o visitantes accidentales, ni aun como derecho de entrada.

17. La sociedad podrá contar con una caja de beneficencia o de socorro, para lo cual se valdrá de cotizaciones o de suscripciones recogidas de quien deseare contribuir, sea o no miembro inscripto. El empleo de los fondos de esa caja será controlado por una comisión que de ello rendirá cuentas a la sociedad.

18. Todo miembro que revelare un estado permanente de perturbación y tendiere a sembrar la desunión entre los miembros de la sociedad, así como aquel que notoriamente la desmerezca, y cuya conducta o reputación pudiera perjudicar la consideración que la sociedad debe gozar, podrá ser oficiosamente invitado a elevar su dimisión. En caso de su negativa a ello, la sociedad se podrá pronunciar por medio de un voto oficial.

INDICE

Impresiones generales ....
Discurso ....
Instrucciones particulares ....
Proyecto de Reglamento ....

La fuerza del Espiritismo reside en su filosofía, en el llamamiento que hace a la razón y al buen sentido.

ALLAN KARDEC
El Libro de los Espíritus,
Conclusión",VI.

LIBROS RECOMENDADOS PARA UN ESTUDIO

SERIO Y METÓDICO DEL ESPIRITISMO

A manera de introducción:

El Espiritismo en su más simple expresión, de Allan Kardec
Síntesis Doctrinal Espírita, de león Denis
El Porqué de la Vida, de León Denis
Caracteres de la Revelación Espiritista, de Allan Kardec
Qué es el Espiritismo, de Allan Kardec
Instrucción Práctica sobre las Manifestaciones Espíritas, de Allan Kardec
Viaje espírita en 1862, de Allan Kardec

Obras fundamentales:

ALLAN KARDEC

El Libro de los Espíritus
El Libro de los Médiums
El Evangelio según el Espiritismo
El Cielo y el Infierno o la Justicia Divina según el Espiritismo La Génesis, los Milagros y las Profecías según el Espiritismo Obras Póstumas

LEÓN DENIS

Después de la Muerte
Cristianismo y Espiritismo
En lo Invisible
El Problema del Ser y del Destino
Juana de Arco, Médium
El Gran Enigma
El Mundo Invisible y la Guerra
El Genio Céltico y el Mundo Invisible

GABRIEL DELANNE

El Espiritismo Frente a la Ciencia
El Fenómeno Espírita
La Evolución Anímica
Investigaciones sobre la Mediumnidad
El Alma es Inmortal

Obras complementarias:

HENRI SAUSSE
Biografía de Allan Kardec

ANDRÉ MOREIL

Vida y Obra de Allan Kardec **GASTÓN**

LUCE

León Denis, el Apóstol del Espiritismo

AMALIA DOMINGO Y SOLER
Ramos de Violetas
Hechos que Prueban
Memorias del Padre Germán
Sus Más Hermosos Escritos
El Espiritismo Refutando los Errores del Catolicismo
Te Perdono

F. C. XAVIER/EMMANUEL
El Consolador que Prometió Jesús

F. C. XAVIER/ANDRÉ LUIZ
La Vida en el Mundo Espiritual
Los Mensajeros Espirituales
Misioneros de la Luz
Acción y Reacción
Conducta Espírita
Desobsesión
En los Dominios de la Mediumnidad
Mecanismos de la Mediumnidad
Agenda Cristiana